FANTASMAS DE FEAR STREET
EL OJO DE LA PITONISA
R. L. STINE



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

1

Kelsey Moore quiso gritar, pero el grito se le quedó encallado en la garganta. La gigantesca Serpiente Marina la zarandeaba de un lado a otro. Se movía tan aprisa que la chica apenas podía sujetarse. De pronto, el monstruo verde se zambulló.

Kelsey se sujetó con más fuerza. La Serpiente Marina siguió bajando, bajando, bajando.

Kelsey gritó por fin. Gritó cuando la Serpiente Marina, la vagoneta de la montaña rusa más grande y bestial de la playa, dobló la última curva del trayecto y se detuvo en seco.

- ¡Guau! - exclamó Drew suspirando- . Menos mal que ya ha terminado.

- Qué desastre - dijo Kelsey mientras bajaban de los asientos- . ¿Y para esto hemos estado en la cola veinte minutos? No da miedo, no emociona.

- ¿Un desastre? - protestó Drew- . ¿Te has vuelto loca? Da muchísimo miedo.

- No da miedo - dijo Kelsey mientras se dirigían a la salida- . ¿Has subido alguna vez en el Exterminador de Echo Ridge? Eso sí que da miedo.

- Si no te ha dado miedo, ¿por qué gritaste?- preguntó Drew.

- ¿Yo? ¿Gritar yo? - Kelsey se echó a reír. - Fuiste tú quien gritó.

- Yo no grité - mintió Drew. - Sí gritaste - canturreó Kelsey- . Igual que gritaste en la calesita.

- ¡Mira ésta ahora! - replicó Drew- . Grité en la calesita cuando tenía seis años.

- Sí, todavía me acuerdo - dijo Kelsey- . Te dio tanto miedo que no volviste a subir. - Drew asió la cola de caballo de Kelsey y le dio un tirón. - ¡Qué- date quieto! - gritó. Pero en el fondo no estaba enfadada. Kelsey y Drew eran muy buenos amigos, además de primos. Primos que se parecían tanto como dos hermanos gemelos.

Los dos tenían el mismo pelo rubio y rizado, las mismas pecas, los mismos ojos verdes. Incluso tenían el mismo apellido. Y encima tenían la misma edad, once años. Pero a Kelsey le gustaba hacerse la mayor; y lo era, era mayor que Drew, pero sólo tres semanas.

Todos los años, los padres de ambos alquilaban juntos una casa próxima a la playa. Y todos los años Kelsey tenía que arrastrar a Drew para que éste fuera a la feria. A ella le encantaba subir a todo. Él no soportaba aquellas diversiones.

Dos veranos enteros había tardado Kelsey en convencer a Drew de que subiera a la Serpiente Marina. El resultado había sido decepcionante.

- A mí que no me digan- murmuró Kelsey- . Ir a la escuela me da más miedo.

- Sí, ya sé, ya sé. Vives en Fear Street. Allí hay monstruos y fantasmas todos los días- replicó Drew.

- Lo que se cuenta de Fear Street es verdad- dijo Kelsey- . A los que vivimos allí nos ocurren cosas raras.

- Pues a ti no te ha ocurrido nada raro- señaló Drew.

- Aún no- dijo Kelsey. Pero conocía muchas historias sobre los fantasmas que merodeaban por el barrio. Y se las contaba a Drew dos veces al día.

Drew puso los ojos en blanco.- Bueno. Vives en Fear Street. No te asusta nada. Si exceptuamos los cangrejos de mar.

- No me asustan- mintió Kelsey- . Lo que pasa es que me parecen asquerosos, nada más. Bueno, ¿qué quieres hacer ahora?- preguntó, cambiando de tema.

- ¿Vamos a los autos chocadores?- sugirió Drew.- No podemos- replicó Kelsey- . No nos queda suficiente dinero.

- Pero, ¿qué dices?- Drew se puso a escarbar en los bolsillos.- Tenemos casi diez dólares cada uno.

- Es que ya hemos subido a los autos chocadores por lo menos cien veces- dijo Kelsey- . Y además nos hemos gastado una fortuna jugando para ganar no sé qué premio de pacotilla.

- No es de pacotilla- insistió Drew- . Es un videojuego que cuesta ochenta dólares. Y aquí nos lo podríamos llevar por un cuarto de dólar solamente.

- Si nos lo podemos llevar por un cuarto de dólar, ¿cómo te explicas que nos hayamos gastado ya cincuenta dólares concursando? Además, en esos juegos con ruedas gigantes no hay forma de ganar nada. Están todos trucados.

- Eso no es lo que dijiste el año pasado- dijo Drew- . Recuerda cuando nos gastamos todo el dinero por tu culpa, cuando quisiste llevarte aquel elefante rosa.

- Ah, sí- contestó Kelsey- . Ya me acuerdo... no ganamos ni una sola vez.

- Bueno, ahora será diferente. Esta vez ganaremos el videojuego- dijo Drew con firmeza.

- Está bien, está bien- dijo Kelsey, cediendo- . Pero deberíamos irnos ya a casa. Casi es hora de cenar. Podemos jugar mañana... cuando tengamos más dinero.

Kelsey y Drew anduvieron por el camino de tablas que conducía a la salida.

- Tengo algunas monedas- dijo Drew, que no dejaba de registrarse los bolsillos- . Vamos a comprar algodón dulce...- Drew se volvió hacia Kelsey, pero ésta había desaparecido.- ¿Kelsey?

- Aquí- exclamó la chica desde detrás de una esquina- . Mira esto.

- ¿Qué es?- preguntó Drew, doblando el recodo. Kelsey estaba delante de una caseta vieja y de aspecto lúgubre. Era de madera. Madera astillada y podrida que olía a antigüedad y a moho.

Estaba más inclinada que la Torre de Pisa y el lado derecho era más alto que el izquierdo. Kelsey quiso mirar por una de las sucias ventanas, pero estaba protegida por gruesos barrotes de hierro. Gruesas cortinas negras impedían ver nada.

- ¿Qué crees que será?- preguntó Kelsey, rodeando la extraña caseta- . No la había visto hasta ahora.

Levantó los ojos y vio un rótulo que colgaba encima de la puerta. Zandra la Increíble, decía, seguramente para impresionar.

- Es una caseta de gitanos donde dicen a suerte... pero Zandra la Increíble se ha ido a comer.- Kelsey señaló el cartel que indicaba esto último.

Drew pegó la nariz al vidrio de la puerta para escrutar el interior. Dio un salto repentino hacia atrás, tropezando con Kelsey.

- Ay, bruto- exclamó la chica, frotándose el pie.

- ¿Qué haces?

- Mira y lo sabrás- murmuró Drew.

Kelsey pegó la nariz contra la ventana cubierta de polvo. Escrutó el interior en sombras. Entornando los ojos.

Entonces lo vio.

Un esqueleto.

Un esqueleto humano. La miraba con unos ojos vacíos.

Tragó todo el aire que pudo. Y se echó a reír.

- No es más que un esqueleto de mentira, de los que salen en el cine- dijo a Drew- . Las pitonisas utilizan siempre esas cosas. Para hacerte creer que están rodeadas de misterios inquietantes.

Giró el picaporte de la puerta. Ésta se abrió con un fuerte crujido.

- Entremos- añadió.

- Ni hablar- dijo Drew, apartándose de la puerta- . No tenemos tiempo. Llegaremos tarde a cenar.

- Qué cobarde eres- dijo Kelsey para burlarse.- No es verdad- replicó Drew- . Es que no tenemos ningún motivo para entrar. Las adivinas son unas impostoras. Todo el mundo sabe que mienten. No es verdad que conozcan el futuro.

Kelsey abrió lo suficiente para meter la cabeza por el hueco. Dentro de la caseta hacía mucho frío. Tanto que se estremeció de pies a cabeza.

Inspeccionó el interior con la mirada. El suelo estaba alfombrado por una espesa capa de polvo. Por todas partes había libros viejos.

Kelsey se fijó en la pared del fondo, que estaba llena de estanterías con libros, hasta el techo. Y encima de todo, multitud de animales disecados.

Kelsey se quedó mirando los animales. No eran como los que tenía en su habitación.

Aquéllos eran de verdad.

Muertos, pero de verdad.

- No vas a creer lo que hay aquí dentro- murmuró Kelsey- . Vamos a entrar.

- ¡No!- dijo Drew. Y tiró de Kelsey.- Vámonos. Tenemos todo el verano por delante. Ya volveremos otro día.

Kelsey dio un suspiro.

- Está bien, pero...

- Pasen, pasen- dijo una voz cascada desde el fondo de la caseta.

Kelsey y Drew se volvieron y vieron a una mujer muy mayor que avanzaba hacia la puerta. Los señaló con un dedo torcido y huesudo.

- Pasen- repitió- , pasen.

Kelsey se quedó mirando a la mujer. Llevaba un vestido estampado con flores y tan largo que lo arrastraba por el suelo. Tenía la cara cubierta de arrugas. Y sonreía a medias curvando la boca. Pero lo que dejó sin aliento a Kelsey fueron los aros.

De cada oreja le colgaban docenas de argollas de oro. Argollas gruesas que le estiraban los lóbulos.

La anciana miró fijamente a Kelsey cuando volvió a tomar la palabra.

Kelsey no se atrevía ni a respirar. La mujer tenía un ojo azul y otro negro como el carbón.

- Vengan- dijo- . Entren. Tenemos mucho de qué hablar. Pasen los dos. Tú, Kelsey, y tú también, Drew.

Drew se puso más pálido que una sábana.

- ¿Cómo sabe cómo nos llamamos?- murmuró a Kelsey- . ¿Cómo lo ha sabido?

2

- Seguramente nos oyó hablar- murmuró Kelsey a Drew.

- Pero estábamos al volver la esquina. Esta mujer no estaba allí- respondió Drew.

- Puede que nos oyera por la ventana, por ejemplo- insistió Kelsey- . Hazme caso, las pitonisas son todas unas impostoras. Tú mismo lo has dicho.

- Pasen, chicos- prosiguió la gitana, abriendo un poco más la puerta- . Entren.- Miró hacia atrás.- Tengo algo para ustedes.

- Bueno, gracias. Pero, verá, es que no podemos- dijo Drew- . La verdad es que tenemos que volver a casa.

La gitana no le hizo caso. Ni tampoco Kelsey, que siguió a la anciana hacia el interior. Drew tomó a Kelsey por el brazo y tiró de ella, pero la niña se soltó.

- Qué cosas tan bonitas tiene usted aquí- dijo Kelsey a la anciana.

- No son mías- respondió la pitonisa. Y tomó asiento tras una mesa redonda.- Siéntense- dijo, señalando dos sillas- . Soy Madame Valda.

- Creí que era Zandra la Increíble- murmuró Drew mientras los dos jóvenes se sentaban a la mesa.

Kelsey se encogió de hombros y observó a la gitana, que puso en la mesa un paño de terciopelo doblado. Era rojo como la sangre y tenía algo adentro.

- Madame Valda les dirá ahora el futuro- dijo la gitana. Desplegó el paño y dejó al descubierto una baraja.

- Pero no tenemos dinero para pagarle, Madame... Gitana- dijo Drew, poniéndose de pie.

- Madame Valda- replicó la anciana con brusquedad- . Lo haré gratis- añadió con voz más dulce- . ¡Siéntate! Que Madame Valda te diga el futuro es un gran honor.

.¡Siéntate!- repitió Kelsey.

Drew hizo lo que le decían. Madame Valda extendió las cartas encima de la mesa, Se puso a cantar bajo en un idioma que Kelsey no conocía.

La pitonisa se puso a trazar círculos con la cabeza. En algunas películas había visto que las adivinas hacían aquello. Cerraban los ojos y cantaban como si estuvieran en una especie de trance.

Pero Madame Valda no tenía los ojos cerrados.

Miraba al frente con fijeza. Directamente a Kelsey.

"Me da escalofríos", pensó Kelsey. Y se le escapó una risa nerviosa.

Madame Valda no pareció advertirlo; o no le dio importancia.

Siguió cantando.

Sin dejar de mirarla con fijeza.

Directamente a los ojos.

Kelsey le sostenía la mirada. Era como si también ella estuviera en trance. No podía apartar la mirada de los extraños ojos de la mujer.

Madame Valda dejó por fin de canturrear y bajó los ojos a las cartas que había en la mesa.

Kelsey lanzó un largo suspiro. Sin darse cuenta había contenido la respiración.

Madame Valda dio vuelta tres cartas. Las tres tenían unos símbolos muy raros. Símbolos que Kelsey no había visto en su vida.

La gitana observó las cartas durante un rato y se quedó mirando a Drew.

- Drew Moore- dijo- . Veo que a veces eres más un seguidor que un líder. Ten cuidado porque podría perjudicarte. Te traerá problemas. Sobre todo si dejas que Kelsey tome todas las decisiones.

Kelsey se volvió para mirar a Drew. Éste se quedó boquiabierto y puso los ojos como platos.

Kelsey se removió en la silla. "¿Cómo sabía el apellido de Drew?", se preguntó. "¿Cómo?" Kelsey estaba segura de no haberlo dicho. Tampoco Drew lo había mencionado. Ni afuera. Ni adentro. Entonces lo descubrió. El pase de Drew para estar en la playa. Enganchado a la camisa. Y con su nombre completo escrito con letras rojas y grandes: Drew T. Moore. Kelsey lanzó una carcajada cuando bajó los ojos y miró su pase. Y señaló a Drew con el dedo.

- ¿Qué es lo que te hace gracia?- bufó la anciana.

- Nada. Perdón- dijo Kelsey.

- ¿Por qué te reías entonces?- la presionó la anciana.

- Bueno, verá, es que sus poderes de adivinación no son... bueno... misteriosos- confesó Kelsey.

Drew le dio un puntapié por debajo de la mesa.

- ¿Crees que Madame Valda es una impostora?- exclamó la anciana con un grito chirriante.

- Sé que Madame Valda es una impostora- contestó Kelsey, imitando la voz de la gitana.

- Has ofendido a la famosa Madame Valda- rugió la pitonisa. Se puso de pie de un salto y se quedó mirando a Kelsey, que todavía estaba sentada.- Discúlpate o vivirás con temor hasta el día de tu muerte.

- ¿Temor a qué?- preguntó Kelsey, mirando con fijeza al ojo negro de Madame Valda- . Usted no me da miedo.

- ¡Sí, sí te lo doy!- exclamó Madame Valda- . Soy la adivina más poderosa que ha existido en el mundo. Y conozco todos tus miedos, necia criatura. ¡Todos!

- Dale, pídele perdón y vámonos- dijo Drew, apartando la silla de la mesa. Y añadió murmurando:- Es peor que si diera miedo: está mal de la cabeza.

- No- dijo Kelsey a Drew- . No le tengo miedo.

Los ojos de Madame Valda relampaguearon. Se acercó a Kelsey. La muchacha sentía en la mejilla el aliento caliente de la gitana.

- Sólo los tontos no tienen miedo- murmuró por fin.

Antes de que Kelsey replicara, la anciana volvió la siguiente carta de la baraja. La echó en la mesa, delante de Kelsey.

Parecía un payaso, un bufón, un tonto.

Kelsey leyó lo que ponía al pie de la figura: el Loco. El Loco era una figura de un personaje extravagante que, como suele decirse, "hacía el tonto".

- ¡Las cartas no mienten! Eres una niña tonta y yo te maldigo para el resto de tu vida. Ahora, fuera de aquí- exclamó- . ¡Fuera! ¡En seguida!

Kelsey y Drew dieron un salto y se dirigieron hacia la puerta. La voz de Madame Valda resonó tras ellos.

- Se lo he advertido. Sabrán lo que es el miedo. En cuanto Kelsey y Drew llegaron al camino de tablas, echaron a correr. Aun así, siguieron oyendo la voz de Madame Valda.

- ¡El miedo! ¡El miedo! ¡El miedo!- exclamaba, con un vozarrón más fuerte que el ruido del calza- do deportivo de la pareja- . ¡Sabrán lo que es el miedo!

Los dos primos corrieron más deprisa aún. Pero la voz de Madame Valda parecía pegada a sus oídos. Kelsey volvió la cabeza.

- ¡Nooo!- gritó- . ¡Se ha vuelto loca! ¡Nos persigue!

3

Mientras daba a sus piernas la orden de acelerar, el corazón de Kelsey corría ya al galope.

Tenía los pulmones a punto de estallar.

Se volvió ... y vio a Madame Valda. ¡Inmediatamente detrás de ella!

"Esto es absurdo", se dijo Kelsey con la cabeza hecha un lío. "¿Cómo puede correr tanto una mujer tan mayor?”

- ¡Nos va a atrapar!- exclamó Drew, jadeando ya.

- ¡Déjenos en paz!- gritó Kelsey volviendo la cabeza.

El ojo derecho de Madame Valda alcanzó a Kelsey .. y la joven se detuvo en seco.

- ¡Corre! ¡Corre!- exclamó Drew. Pero Kelsey no podía moverse. Estaba como petrificada, paralizada por el ojo negro de la pitonisa.

La gitana alargó la mano y asió el hombro de Kelsey con sus dedos huesudos. Kelsey sintió en el brazo un dolor agudo. Quiso apartarse de un salto, pero Madame Valda la tenía bien sujeta.

La anciana lanzó una carcajada siniestra.

- ¡No estás asustada!- cacareó- . Sí, sí, criatura, ya lo estarás.- Puso la carta del Loco delante de los ojos de Kelsey y la lanzó al aire.

- ¡Tonta! ¡Tonta! ¡Tonta!- exclamó- . Sólo los tontos no tienen miedo.

Kelsey y Drew se quedaron mirando la carta, que no hacía más que subir hacia el cielo. Hasta que no fue más que un punto perdido en el firmamento. Y desapareció.

Kelsey se soltó de la presa de Madame Valda y corrió junto con Drew por el camino de tablas. Corrió tanto que los pulmones le dolieron. Volvió la cabeza para ver si la adivina los seguía aún.

Pero Madame Valda había desaparecido.

- ¡Drew! ¡Detente!- Kelsey sujetó a su primo por el brazo.- Mira. Madame Valda. Ha desaparecido.

Drew giró en redondo. Kelsey tenía razón. Era como si Madame Valda se hubiera esfumado en el aire.

- ¿Cómo es que corre tan rápido?- preguntó Drew, que estaba sin aliento.

- No lo sé- contestó Kelsey, negando con la cabeza- . ¿Crees que es una adivina de verdad? ¿Con poderes de verdad? ¿Que adivina cosas en serio?

- Vamos, Kelsey- replicó Drew- . Estás diciendo las mismas tonterías que esa vieja decrépita.

- Sí, tienes razón, dijo Kelsey. Pero lo dijo como si no acabara de creérselo.- Pero, bueno, seguro que no nos ha echado ninguna maldición, ¿verdad?

- A mí no- dijo Drew- . Yo he sido amable con ella, ¿recuerdas?

- Muchas gracias- dijo Kelsey y pellizcó a Drew en el brazo.

- Vamos , Kelsey- dijo Drew- . Lo más seguro es que ni siquiera sea gitana de verdad.

- Claro, claro.

Kelsey estaba convencida de que su primo, con toda probabilidad, tenía razón. Pero seguía recordando los extraños ojos de la adivina. Y aún oía su voz. Aquella voz horrible que gritaba: "¡Tonta, tonta, tonta!".

- Olvídate de la adivina- dijo Drew, dirigiéndose hacia la salida- . Tenemos una realidad por delante, una realidad con problemas. Ya llegamos tarde para cenar.

Kelsey miró la hora.

- ¡No!- gruñó- . Llevamos ya media hora de retraso. Mamá nos cortará el cuello.

Kelsey y Drew salieron corriendo del recinto. Estaban a ocho cuadras de la casa de la playa. Si iban corriendo, tardarían cinco minutos en llegar.

- Vayamos por el atajo- propuso Kelsey poniéndose delante de Drew- . Está aquí mismo.- Señaló al frente.- El callejón que hay detrás del restaurante italiano.

Drew siguió a Kelsey cuando ésta pasó por delante del restaurante y se internó en el callejón estrecho y serpenteante.

- ¿Adónde da esto?- preguntó Drew mientras recorrían a la carrera las curvas y los recodos del callejón.

- Al estacionamiento de la calle 18- respondió Kelsey- . Cuando lleguemos, estaremos a dos cuadras de casa.

Pero al doblar por la última curva, Kelsey se dio cuenta de que pasaba algo. Lo que tenía delante era un callejón sin salida, una pared de ladrillos sucios de más de tres metros de altura. Ningún estacionamiento a la vista.

- Sí que es extraño- dijo mirando alrededor. Ya había oscurecido y no se veía a nadie por ninguna parte.- Estoy segura de que el verano pasado había aquí un estacionamiento.

- Puede que lo hayan tapiado durante el verano- insinuó Drew- . Vamos a dar la vuelta.

Kelsey se puso a desandar el trecho recorrido. Drew fue tras ella. Pero al llegar al otro extremo del callejón... ¡todo había cambiado también allí! Incluso el restaurante italiano había desaparecido.

Kelsey miró a izquierda y derecha.

- Pero, ¿qué es esto? ¿Qué pasa aquí?- exclamó- - . Esto es muy extraño. ¿Dónde estamos?

- No lo sé- dijo Drew, buscando los rótulos con el nombre de las calles- . Es el camino por el que vinimos.

- El restaurante estaba aquí mismo, en esta es- quina- dijo Kelsey- . Lo he visto con mis propios ojos.

Kelsey miró el punto donde tenía que haber estado el restaurante. En su lugar se alzaba una casa vieja de madera con las ventanas tapadas con maderos.

- No lo entiendo- murmuró la joven para sí. Había veraneado en aquel pueblo desde que era pequeña. Conocía todos sus rincones. Pero, de pronto, no sabía dónde estaba.

Miró alrededor. El callejón desembocaba en una calle. Cuando Kelsey miró a un lado de ésta, no vio más que unas cuantas casuchas en mal estado. Nada más. Por el otro lado, la calle estaba a oscuras y flanqueada por casas en ruinas y comercios cerrados hacía mucho.

- Bueno- prosiguió la muchacha- , no perdamos la calma. La playa tiene que estar por allí.- Señaló hacia su derecha.- Lo cual significa que nuestra casa está por este otro lado.- Señaló la parte oscura de la calle.

- ¿Por ahí?- preguntó Drew con un suspiro.- Yo no conozco esta calle, no la he visto en mi vida. Tiene un aspecto escalofriante. Vamos por otro sitio, dale.

- Hazme caso, es el camino que tenemos que seguir- insistió Kelsey y se puso a trotar hacia las sombras- . ¡Vamos!

Drew la siguió a lo largo de tres cuadras... hasta que ella se detuvo en seco.

- Espera- dijo Kelsey, ya sin aliento- . No es por aquí.

- Ya te lo dije, te dije que éste no era el camino- murmuró Drew- ., En los alrededores de nuestra casa no hay edificios tan lúgubres como estos.

- Ya lo sé, ya lo sé- replicó Kelsey- . Tendremos que preguntar a alguien cómo se llega.

- ¿A quién?- dijo Drew.

Kelsey se dio cuenta de que era una buena pregunta. Miró a ambos lados de la calle. No había ni un alma. Estaban totalmente solos.

- ¿Dónde se habrá ido la gente?- preguntó Drew- . Tendría que haber mucha gente paseando, estamos al lado de la playa.

- La playa- repitió Kelsey- , claro. Hay que ir a la playa. Por allí sabremos volver a casa.

Antes de que Drew dijera nada, Kelsey echó a andar por una calle lateral. Una calle que estaba convencida de que desembocaba en la playa. Pero cuando llegó al primer cruce, el corazón le dio un vuelco.

No había más que casas destartaladas. Comercios cerrados hacía mucho. Por todas partes.

Ni rastro de gente. Ni rastro de la playa.

Kelsey empezaba a pensar que se habían perdido sin remedio y para siempre. Hebras delgadas de sudor comenzaron a correrle por las sienes y las mejillas. Se las limpió con el dorso de la mano.

- Esto empieza a dar miedo- dijo Drew cuando la alcanzó. Miró al suelo y dio un puntapié a un trozo de vidrio que había en la acera.

- ¿Qué ha sido eso?- Kelsey dio un respingo.

- Un trozo de vidrio- respondió Drew.

- No, eso otro... escucha- murmuró Kelsey.

Era un perro. Kelsey lo vio antes que Drew.

Un perrazo tiñoso y amarillo.

La muchacha se quedó boquiabierta. Era el perro más grande que había visto en su vida. Y avanzaba derecho hacia ellos.

- ¡Vámonos!- exclamó Kelsey.

Cruzaron la calzada y siguieron corriendo, pero el perro corría más que ellos. Acortó distancias con facilidad. Sus ladridos resonaban en los oídos de Kelsey.

Los dos primos se detuvieron en el siguiente cruce para recuperar el aliento. Se escondieron en un portal en sombras, pegando la espalda a la verja de hierro de la entrada. Jadeando.

Escucharon con atención.

Silencio.

- ¿Crees que se ha ido?- preguntó Drew.

- No... no lo sé- balbució Kelsey- . Voy a mirar.- Asomó la cabeza.

Un par de ojos desquiciados se clavaron en los suyos.

El perro estaba sentado sobre sus cuartos traseros... a un metro de distancia. Dio un gruñido. Un gruñido que dejó al descubierto dos colmillos podridos... y que chorreaban espuma.

- ¡Corre!- exclamó Kelsey, agarrando la mano de Drew.

Los dos salieron disparados del portal. Corrieron por la calle, tomados de la mano, con Kelsey delante.

La muchacha volvió la cabeza sin dejar de correr. El perro iba tras ellos. Pero ahora lanzando aullidos. Y dando bocados al aire como si se muriera de hambre.

Kelsey dobló por un callejón estrecho. Parecía igual que el primero, el que tenía que desembocar en el estacionamiento. Pero estaba más oscuro. Mucho más oscuro. Y cuanto más avanzaban por él, más se estrechaba.

Mientras corrían, tropezaban con objetos de todas clases, palos y astillas de madera, restos de vasos y botellas.

El animal salvaje que los perseguía les pisaba los talones gruñendo de furia. De la bocaza abierta le salía una lengua húmeda y gris. Kelsey casi sentía ya los afilados dientes del animal en sus tobillos.

- ¡Más aprisa!- gritó- . ¡Corre más aprisa!

Aceleraron hasta el límite de sus fuerzas y se alejaron del perro unos cuantos metros.

El callejón giraba con brusquedad a la derecha. Drew estuvo a punto de caerse al dar la vuelta.

Kelsey se detuvo de pronto. Lo que tenían delante era tan aterrador como el peligroso animal que los perseguía.

Otro callejón sin salida.

No había escapatoria.

- ¡Estamos atrapados!- chilló Kelsey- . ¡Estamos atrapados!

4

Los dos primos pegaron la espalda a la pared del edificio. Esperando. Esperando la aparición de aquel perro rabioso,

Kelsey contenía la respiración y escuchaba.

No oía ladridos. Ni gruñidos.

- A lo mejor lo hemos despistado- murmuró.

- No creo- replicó Drew, también en voz baja. Kelsey comprendió que su primo tenía razón. El callejón no tenía otras salidas. Muy idiota tenía que ser el perro para haber perdido el rastro.

- Entonces, ¿por qué no nos ataca?- preguntó a Drew.

- No sé- respondió el niño, negando con la cabeza.

Los dos esperaron en silencio. Kelsey sentía los latidos del corazón en las sienes.

Transcurrió otro minuto, el más largo de la vida de Kelsey, y el perro seguía sin aparecer.

- No podemos quedarnos aquí- dijo Kelsey, rompiendo el silencio- . Voy a mirar.

Kelsey se acercó de puntillas al recodo. Asomó la cabeza. Despacio.

El callejón estaba desierto.

Ni rastro del perro.

- Se ha ido- murmuró.

- Qué raro- comentó Drew, acercándose a su prima- . ¿Cómo ha podido desaparecer sin más ni más?

- A mí no me lo preguntes. Además, es lo que menos me preocupa. Vámonos de aquí. Inmediatamente- dijo Kelsey- . Bueno, tú primero.

- Oh, muchas gracias, querida prima- dijo Drew, echando a andar por el callejón.

Anduvieron con rapidez, pero sin descuidar la vigilancia.

Escuchando con atención.

Atentos al menor rastro de aquel animal salvaje y peligroso. Pero lo único que oían era el rumor de sus propios pasos.

El callejón parecía más oscuro que antes. Kelsey se dio cuenta entonces de que olía muy mal. El hedor se le metía en la nariz y le daba ganas de vomitar.

- ¡Mira!- exclamó Drew. Se detuvo en seco y Kelsey chocó con él.

- ¿Qué?- preguntó la joven. El corazón le iba a cien por hora. Tenía miedo de oír la respuesta.

- ¡Es increíble!- balbució Drew- . ¡Mira dónde estamos!

Kelsey se acercó a Drew y cuando llegó adonde estaba, salió de aquel reino de sombras impenetrables y se encontró a plena luz del día.

Supo inmediatamente dónde estaban. Pero buscó el rótulo de la calle para convencerse.

Era la calle 13.

Estaban a media cuadra de casa.

- Ya creía que nos habíamos perdido- dijo Drew, echando a andar hacia la calle donde vivían. Lanzó un fuerte suspiro de alivio.- Estábamos a un paso de casa, desde el principio. Es la última vez que te sigo.

Kelsey iba a replicarle con mordacidad, pero entonces recordó algo extraño, muy extraño.

- Oye, Drew, ¿recuerdas lo que te dijo la pitonisa? ¿Que tendrías problemas si me seguías siempre? No creerás que...

La muchacha sintió un escalofrío. Se detuvo para mirar hacia atrás.

El callejón oscuro había desaparecido.

Sabrás lo que es el miedo. Las palabras de la pitonisa resonaron en la cabeza de Kelsey.

"Me estoy volviendo loca", se dijo la niña. "El callejón está ahí. Tiene que estar ahí. Lo que pasa es que no lo veo desde donde estoy ahora, eso es todo."

- Vamos, Kelsey- la apremió Drew- . Se nos ha hecho ya muy tarde.

Kelsey echó a correr. Y no pararon hasta llegar a su casa. Vieron a sus padres sentados en el porche.

- ¿Dónde han estado?- preguntó la madre de Kelsey.

- ¿Saben la hora que es?- añadió la madre de Drew.

- Lo siento- se excusó Kelsey- . Es que nos...- iba a decir "perdimos", pero se detuvo. Si les decía que se habían perdido, sabía lo que sucedería a continuación. Que nunca más los dejarían salir solos.- Es que nos divertíamos tanto en la feria que no nos dimos cuenta de que pasaba el tiempo.

- No volverá a ocurrir- dijo Drew- . Lo prometemos.

- Está bien.- La madre de Kelsey la perdonó con una rapidez insólita, pues en la casa de la ciudad había que insistirle.

Era lo bueno de estar de vacaciones, que a los padres se los podía convencer más fácilmente.

- Entren y lávense las manos para cenar- dijo la madre de Drew. Los padres de ambos entraron en la casa.

Mientras Kelsey subía los peldaños del porche, pensó otra vez en la pitonisa. Como ahora estaba a salvo en su casa, lo ocurrido le parecía una idiotez mayúscula.

“¡Tonta!", oyó Kelsey en su cabeza. Pero esta vez se echó a reír, y se reía de sí misma, por ser una tonta.

Iba ya a cruzar la puerta cuando algo le llamó la atención. Algo que caía del cielo. Revoloteando, trazando rápidos giros mientras caía.

Drew también lo- vio.

- ¿Qué es eso?- preguntó, mirando hacia arriba con los ojos entornados.

- No lo sé- replicó Kelsey, observando el objeto que bailoteaba en el aire.

El objeto aterrizó a los pies de Kelsey.

La niña tragó aire y contuvo la respiración.

Era la carta.

La carta que la vieja gitana había lanzado al aire. Kelsey se puso a temblar mientras la miraba.

Mientras contemplaba como hipnotizada la cara del Loco.

5

Ya era de noche y Kelsey estaba sola en su cuarto, sentada en la cama, mirando la carta del Loco.

- Tú eres la loca y la tonta, Madame no sé qué- murmuró Kelsey- . Y no te tengo miedo. Para nada.

Dio vueltas a la carta en la mano. Hasta que la partió en dos pedazos y luego en cuatro. Y luego en ocho.

- ¡Para que veas!- exclamó.

Recogió todos los trozos y los echó al cesto de papeles que tenía al lado del aparador.

- Mañana será otro día- murmuró para sí mientras se metía entre las sábanas. Y cerró los ojos.

Se imaginó en la playa con Drew. Pensó que pasarían el día entero en la playa. Nadando en el mar. Recogiendo caracoles. Jugando al voleibol. Bronceándose al sol.

Sentía ya el calor del sol en la piel mientras acomodaba la cabeza en la almohada. Era delicioso, incluso en la imaginación.

Se dejó vencer por el sueño haciendo como que estaba ya en la playa.

El pie izquierdo comenzó a picarle. Se rascó con el derecho.

El cosquilleo reapareció en seguida.

Y empezó a subirle por la parte posterior de la pantorrilla.

Se frotó la pierna contra la sábana. Fue inútil. El cosquilleo siguió moviéndose de lugar, subiéndole por la pierna.

Pero no era ya un cosquilleo. Era como una picadura.

Se rascó la pierna con el pie, pero no consiguió eliminar la sensación.

De pronto, comenzó a extenderse.

Por las dos piernas. Por los brazos. Por todo el cuerpo.

Se esforzó por no prestarle atención.

Ahuecó la almohada y se puso de costado. Pero también aquello fue inútil.

Era ya como si toda la cama estuviera viva. Poblada por patas diminutas.

Millones de patas.

Que le correteaban por el cuerpo.

Se le metían en el pelo. Le pinchaban la piel.

Se incorporó y se sentó en la cama. Miró las sábanas. Se miró el pecho y la cintura. Pero estaba a oscuras y no veía nada.

Pero entonces lo sintió.

Un grupo de patas que avanzaba por su mejilla.

Y comprendió lo que era.

¡Cangrejos de playa! Se dio cuenta aunque no los veía. No soportaba los cangrejos de playa... ¡y le daban un miedo tremendo!

Comenzó a frotarse las piernas con las manos. Los brazos. La cara. Para quitarse de encima aquellas criaturas.

- ¡Fuera!- exclamó- . ¡Fuera de aquí!

Pero al cabo de unos segundos los tenía ya por todo el cuerpo.

Kelsey estaba aterrada. Tan aterrada que no podía ni respirar.

Quiso gritar. Pero de la boca no le brotó más que un gemido ahogado... mientras uno de aquellos animalejos asquerosos se le metía en la oreja.

6

Kelsey saltó de la cama.

Se puso a sacudir la cabeza.

- ¡Fuera!- exclamó- - . ¡Márchense!

La picazón de la oreja desapareció. Pero su pelo parecía vivo. Y lleno de animalejos monstruosos.

Comenzó a rascarse la cabeza. Se rascó hasta que le escoció la piel.

Tenía que mirarse en el espejo. Tenía que ver los cangrejos. Ver dónde los tenía. Para quitárselos.

Encendió la luz y se acercó al espejo del aparador. No se atrevía a mirar. No quería ver aquellos cangrejos asquerosos... con aquellas patas y pinzas nauseabundas arrastrándosele por la piel.

Pero se obligó a mirar.

Entonces lanzó un grito.

No había cangrejos de playa.

No los tenía en el pelo. No los tenía en la cara.

No los tenía en ninguna parte.

Giró para mirar la cama, esperando verla llena de cangrejos.

Tampoco había nada allí. Nada salvo las sábanas limpias de color azul y la almohada mullida y blanca.

Se acercó a la cama y tiró de la colcha. No había animalejos escondidos por ninguna parte.

“¿Qué ha sido esto?", se preguntó. "¿Qué me pasa?" Miró el reloj. Eran las dos de la madrugada. Y de pronto se sintió rendida.

Registró otra vez la cama antes de meterse en ella. Pero no podía conciliar el sueño. Sentía picazón y pinchazos por todas partes. Era como si miles de patas diminutas la recorrieran de arriba abajo.

Pensó en aquellos bichos. Se los imaginó correteándole por todo el cuerpo. De sus labios brotó un gruñido.

¿Y si vuelven? Sintió un escalofrío.

Se incorporó, recostándose en la almohada y resolvió pasar en vela toda la noche. Pero estaba cansada. Muy cansada. Y antes de darse cuenta, se quedó dormida.

La luz del amanecer le dio en la cara y Kelsey despertó. Se dio vuelta con ánimo de volver a dormirse ... pero oía algo. Algo muy cercano.

Los ojos se le abrieron como platos y se puso a mirar la habitación.

Allí estaba.

En el suelo.

Un cangrejo de playa. Uno solamente.

Kelsey lo miró con horror mientras el bicho correteaba por el suelo y se metía bajo la cama.

¡No, no! Tragó aire y contuvo la respiración. ¿Y si había millones de cangrejos de playa? Millones debajo de la cama. Esperándola.

El corazón le latía con fuerza. Las sienes le palpitaban. Pero sabía que tenía que mirar. Tenía que comprobarlo.

Miró el suelo con atención antes de bajar de la cama. Se arrodilló y miró debajo del somier, donde todo estaba oscuro.

Vio sus zapatillas. Y una revista para jóvenes del año pasado. Y mucho polvo.

Entonces lo descubrió.

No el cangrejo de playa. Ni siquiera miles de cangrejos de playa.

Era algo mucho más horrible.

Sintió un tic nervioso en el labio inferior. Las manos comenzaron a temblarle.

Cerró los ojos con fuerza con la esperanza de que, al abrirlos, aquel objeto horrible desaparecería. Tal como habían desaparecido todos los cangrejos de playa.

Pero cuando abrió los ojos, el objeto seguía allí.

La carta del Loco que había roto en pedazos.

Estaba allí.

Bajo la cama.

Entera.

Un rayo de sol se colaba por la ventana y daba de lleno en el naipe. Y Kelsey veía la amenazadora sonrisa del Loco, aquella sonrisa siniestra que estaba dirigida a ella solamente.

7

- Pero, ¿eran de verdad los cangrejos o no?- preguntó Drew.

Kelsey había contado a Drew lo sucedido la noche anterior. Era la mañana y se dirigían a la playa.

- ¡Ya te lo he dicho!- exclamó Kelsey- . No eran de verdad. Bueno, uno sí era de verdad. Pero los otros no.

- Entonces, ¿por qué estás asustada?

- ¡Mira!- dijo Kelsey, poniéndole la carta del Loco delante de las narices.

- ¿Y qué?- Drew le apartó el brazo con la mano.

- ¿Y qué?- Kelsey no alcanzaba a comprender que tuviera un primo tan tonto.- Ya te lo he dicho. Hice trizas la carta y la tiré al cesto de papeles. Y mira cómo está. Ni siquiera doblada o agrietada.

- Eso no tiene ni pies ni cabeza- dijo Drew en el momento en que llegaron a la playa y avanzaron hundiendo los pies en la arena.

- Caramba, Drew, ¿desde cuándo tienes ideas tan geniales?

- Muy graciosa- gruñó Drew- . Bueno, ¿y qué vas a hacer?

- Decididamente, no dejarme asustar por la vieja gitana y sus maldiciones absurdas- dijo Kelsey- . Y ahora voy a deshacerme de esta carta... para siempre.

Y se dirigió a la orilla del agua. Estuvo allí un rato contemplando el movimiento de las olas.

- ¿Qué te pasa?- preguntó Drew.

- Observa- dijo Kelsey. Le mostró la carta del Loco y la rompió en dos, cuatro, ocho, dieciséis, mil pedazos, hasta que ya no pude romper a más.

Se metió en el agua y Drew anduvo a su lado. Cuando se arremolinó la primera ola alrededor de las piernas de la joven, ésta dejó caer en el agua algunos trozos.

Los dos primos vieron cómo se los llevaba la espuma.

Al acercarse y romper la ola siguiente, Kelsey repitió la operación, enviando más papelitos al agua. Hizo lo mismo ola tras ola, hasta que tuvo la mano vacía.

- Ya está- dijo mientras la ola se llevaba los fragmentos de cartulina- . Se ha ido para siempre. Vamos a bañarnos.

- Tenemos que esperar a nuestros padres- le recordó Drew- . Ya conoces las reglas. "No se metan en el agua si no estamos nosotros delante."

- Sí, sí, ya lo sé. Pero prometieron venir en seguida- se quejó la muchacha- . A todo esto, ¿dónde están?

Kelsey inspeccionó la playa con los ojos, buscando a sus padres.

- Allí están- dijo al localizarlos.

Kelsey se puso a dar saltos y a hacer señas con el brazo para llamar la atención de sus padres. Cuando vio que le hacían señas a su vez, echó a correr hacia el agua.

- A ver quién llega antes a Francia- dijo a Drew, volviendo la cabeza.

Drew se metió en el agua tras ella.

Avanzaron entre las olas obstinadas hasta que el agua les llegó al hombro. Kelsey vio que a sus espaldas se levantaba una ola.

- ¡Vamos a montarla!- dijo a Drew.

- ¡De acuerdo!

Kelsey dobló las piernas y saltó hacia arriba. Drew hizo lo mismo. La ola los arrastró unos metros. Fue una sensación deliciosa, de principio a fin.

Volvieron nadando al punto de partida y esperaron a que se formara la ola siguiente. De pronto sintió que algo le golpeaba en la espalda.

Y que se le quedaba pegado, entre las paletillas.

- Drew- dijo- . ¿Tengo algo en la espalda?

Pero Drew ya no estaba allí. Se había abalanzado sobre la ola y corría de cabeza hacia la orilla.

Se llevó la mano al hombro, para quitárselo. Rozó algo blando con la punta de los dedos.

Algo blando y pegajoso.

Algo que le succionaba la piel.

- ¡Un agua viva!- exclamó, lanzando un grito de terror.

Quiso quitársela, pero el animal no se movía.

Se puso a dar saltos para sacudírsela. Pero cuanto más se esforzaba ella, más fuerte se sujetaba el bicho.

Más fuerte le chupaba la piel de la espalda.

Mientras le inyectaba su veneno mortal.

8

- ¡Drew!- gritó Kelsey- . ¡Drew! ¡Ayúdame! Pero Drew estaba ya cerca de la orilla. No la oía desde allí.

Kelsey se clavó las uñas en la espalda. Para quitarse el agua viva de encima. Hundió los dedos en el blando cuerpo del animal. Y con un flop nauseabundo y vomitivo, se aferró a su mano.

- ¡Socorro!- gritó- . ¡Que alguien me ayude!- Se dobló y retorció hasta que, tirando con fuerza, se soltó la mano.

"Tengo que volver a la orilla", pensó. "Tengo que volver inmediatamente."

Comenzó a formarse una ola. "La montaré", se dijo. "Así llegaré antes."

En cuanto la ola llegó a su altura, dio un salto para dejarse arrastrar. Pero calculó mal el tiempo y la ola pasó antes de que se diera cuenta. Quiso montar la siguiente. Pero la ola se limitó a dejarle la cabeza chorreando.

Las olas pasaban de largo y no podía aprovechar ninguna. Daba la sensación de que cuanto más lo intentaba, más deprisa pasaban las olas.

La piel le ardía ya por culpa del bicho que tenía pegado a la espalda.

- ¡Ponte a nadar!- se dijo en voz alta- . Ve a la orilla y pide socorro.

Kelsey se puso a bracear con toda la energía que pudo reunir. Pero parecía moverse en cámara lenta. Advirtió que el agua se ponía a burbujear. Que se volvía espesa y turbia.

Nadó con más fuerza. Cortando el agua con los brazos. Pero era como si estuviera flotando en gelatina.

"¿Por qué me cuesta tanto moverme?", se preguntó. "¿Por qué estoy, encallada en el mismo sitio?"

El agua viva le perforó la piel. Un dolor agudo le perforó el cuerpo.

Se puso a patalear. Con fuerza creciente.

Los brazos le dolían ya. Y los músculos del tobillo empezaban a tensársele. Jadeaba cada vez que daba una brazada. Pero tenía que llegar a la orilla. Tenía que quitarse el agua viva de la espalda.

"Ya tiene que faltarme poco", se dijo.

Levantó la cabeza.

¡Estaba mucho más lejos que al principio!

- No es posible- dijo en voz alta.

Tenía que descansar antes de intentarlo otra vez. Cerró los ojos. Se dejó caer de espaldas y flotó así durante unos segundos, haciéndose la muerta... hasta que sintió un roce en los hombros.

Giró la cabeza a ambos lados.

Tenía dos burbujas, dos globos de gelatina en los hombros.

Dos burbujas asquerosas y azuladas.

¡Aguas vivas!

¡Aguas vivas redondas, azules y grandes!

La brillante burbuja que le chupaba el hombro derecho era achatada y clara, pero la que tenía pegada al hombro izquierdo estaba cruzada por hebras rojas.

¡Tenía que ser venenosa! Estaba segura.

Se dio vuelta en el acto, pero antes de que pudiera quitarse aquellos bichos de encima, las piernas empezaron a picarle. Luego los brazos. Y el estómago y la nuca. Incluso las plantas de los pies.

- ¡Están por todas partes!- exclamó.

Unas eran pequeñas, como caramelos. Otras tenían tentáculos que vibraban en el agua. Y se enroscaban alrededor de sus miembros. Atenazándolos. Con fuerza creciente.

Una diminuta se le había pegado a un párpado. Cada vez que pestañeaba, veía a través de su cuerpo pegajoso y blanquecino.

El corazón de Kelsey se aceleró. Se sentía mareada. Todo lo que la rodeaba se puso a dar vueltas.

"No te dejes dominar Por el Pánico", se dijo. "¡Nada!'

Los brazos de Kelsey cortaron el agua mientras la niña se esforzaba por llegar a la orilla.

Pero nadar le resultaba cada vez más difícil.

El agua estaba espesa y pegajosa.

¡Estaba en un mar de aguas vivas!

Miró a su alrededor. Había aguas vivas por todas partes. Parecía haber más aguas vivas que agua. Se lanzaban sobre ella formando olas que chocaban contra su piel con un ruido chapoteante y asqueroso.

Siguió avanzando en aquel mar de barro.

- No lo conseguiré- murmuró- - . No conseguiré llegar a la orilla.

El mar de aguas vivas se espesaba. Casi no podía ya ni bracear. Entonces, una ola gigantesca la levantó y la arrastró hacia la orilla. En cuanto apoyó el pie en el fondo arenoso, se enderezó y salió corriendo del agua.

- ¡Socorro!- gritó- . ¡Que alguien me quite estos bichos de encima!

Pero la gente que había en la playa no se movió. ¿Por qué no querían ayudarla? ¿Qué le ocurría a todo el mundo?

- ¡Kelsey!- exclamó Drew. La joven se volvió y vio a su primo delante de ella.

- ¡Aguas vivas! ¡Aguas vivas!- repetía Kelsey con ojos desencajados, agitando los brazos y las piernas, que sentía cubiertos de pinchazos.

- ¿Qué aguas vivas?- preguntó Drew, mirando hacia el agua.

- ¡Las que tengo encima!- exclamó Kelsey- . ¡Mira!

- Kelsey- contestó Drew- , yo no veo ningún agua viva.

9

Kelsey se miró los brazos. Estiró las piernas y se las inspeccionó. Se pasó los dedos por el pelo.

Ningún agua viva.

- Había aguas vivas- insistió, frotándose los brazos para desprenderse de la sensación viscosa que aún tenía- . ¡Las tenía todas encima! Y todo el mar estaba lleno.

Kelsey se dio cuenta de que la gente que los rodeaba escuchaba con atención... y hacía esfuerzos por no reír.

- ¿Las ves ahora?- preguntó Drew.

Kelsey miró hacia el agua. Los dos primos se quedaron sin saber qué hacer.

En silencio.

Contemplando el agua que les lamía los pies.

El agua limpia y transparente. Sin ningún agua viva visible.

- No- admitió Kelsey- . Pero aquí está pasando algo extraño.

- Ni que lo digas- dijo Drew.

- No pensarás que me estoy volviendo loca, ¿verdad?- preguntó la joven.

- No- dijo su primo- ., No te estás volviendo loca. Ya estás loca.

- Ja, ja.- Kelsey se esforzó por sonreír.

La joven notó entonces que algo le rozaba el tobillo. Se apartó de un salto y a punto estuvo de derribar a Drew.

- ¡Aguas vivas!- exclamó Kelsey sin poder contenerse.

Drew miró al suelo.

Kelsey vio su cara contraída por una mueca de horror.

- ¿Es un agua viva?- exclamó Kelsey- . ¿Lo es?

Kelsey bajó los ojos. A sus pies estaba la carta del Loco.

Entera.

Sonriéndole con maldad.

- Pu... puede que sea otra carta- murmuró Drew.

Kelsey se agachó para recogerla.

- ¿Sabes, Drew? Creo que la pitonisa me echó una maldición de verdad.- Dio un suspiro.- No puedo creerlo. Me paso la vida entera en Fear Street y no me ocurre nada digno de atención. Paso una semana en la playa y ya me ha maldecido una gitana.

- Escucha- dijo Drew con nerviosismo- , si te han echado una maldición de verdad, tiene que haber alguna forma de deshacerla, ¿no?

- ¿Cómo quieres que lo sepa?- replicó Kelsey- . ¿Tengo acaso pinta de gitana?

- Bueno, a lo mejor nos conviene ver otra vez a la anciana- dijo Drew- . Puede que, si le pides disculpas, te quite la maldición de encima.

- Es ella quien tendría que pedirme disculpas- dijo Kelsey- . Me ha estropeado las vacaciones.

- Sé práctica, Kelsey. Tenemos que hacer algo.- Está bien, está bien- dijo Kelsey- . Busquemos a esa estúpida bruja.

Kelsey dijo a sus padres que se iba con Drew a jugar al tiro al blanco. A continuación se dirigieron al camino de tablas para buscar a la vieja gitana.

- ¿Y qué le digo cuando la encontremos?- preguntó Kelsey- . ¿Le pido perdón por creer que era usted una impostora... por favor, quíteme la maldición de encima?

- No está mal- respondió Drew mientras recorrían el largo camino de tablas- . Mira, ahí está la pizzería. La caseta tendría que estar al doblar la esquina.

Kelsey dobló la esquina detrás de Drew.. y allí estaba. Mientras Kelsey avanzaba hacia la caseta, se le ocurrió una idea horrible.

¿Y si la gitana no quería deshacer la maldición?

¿Qué haría en tal caso?

- ¿Preparada?- le preguntó Drew, dirigiéndose a la puerta.

Kelsey asintió con la cabeza.

Drew abrió la puerta y la niña entró primero.

El esqueleto seguía en su sitio. Pero ahora parecía mirarla directamente a ella. Siguiendo con las cuencas todos sus movimientos.

Kelsey se estremeció.

De pronto surgió una voz de un rincón en sombras.

- Bienvenidos.

Kelsey se quedó mirando a la persona que había hablado. Se encontraba sentada a la mesa, mirando una bola de cristal.

Pero había algo raro en ella.

- Bienvenidos- repitió la figura envuelta en sombras. Aunque no podía verle la cara, Kelsey se dio cuenta de que no era la misma gitana.- Zandra la Increíble te dirá la suerte- añadió la mujer, pronunciando las palabras sin entonación.

Cuando Zandra la Increíble levantó la vista, Kelsey comprobó que no era ni la mitad de lúgubre que la otra. Y ni la mitad de vieja.

La verdad es que Zandra la Increíble era casi tan joven como la vecina de Kelsey, que el año anterior había empezado el bachillerato.

A Kelsey incluso le pareció linda a su manera. Tenía el pelo ondulado, largo y castaño. Sus ojos eran normales. Pardos. Los dos.

Zandra tenía las uñas pintadas de morado. Y ostentaba un anillo en cada dedo. No era ni la mitad de misteriosa ni la mitad de impresionante que Madame Valda.

- Quiero ver a la otra gitana- dijo Kelsey.

- No hay ninguna otra gitana- respondió Zandra.

- Sí que la hay- dijo Drew- . Estaba aquí ayer. Es vieja y está llena de arrugas.

- Se han confundido- insistió Zandra- . Aquí no hay ninguna otra gitana. Nunca la ha habido.

Kelsey sintió un vuelco en el corazón.

- No, no- murmuró en son de queja- . ¿Qué hago ahora? ¡La maldición pesará sobre mí para siempre!

10

- ¿Estás segura de que no hay otra gitana?- volvió a preguntar Drew.

- Mira, chico- contestó Zandra- . Yo soy la gitana que trabaja aquí, ¿entiendes? La única gitana. Y ahora, ¿quieren que les diga la suerte o no?

"Zandra la Increíble nos miente", pensó Kelsey. "No puede ser de otro modo."

- Mira, Increíble Zandra- dijo Kelsey con toda la educación que pudo- , estuvimos aquí ayer. Pero tú no estabas. Había otra gitana. Era muy vieja, viejísimo.

- Y daba miedo- añadió Drew.

Pero Zandra siguió negando con la cabeza.

- Hablaba con acento raro- prosiguió Kelsey. Nada. Sólo negativas de Zandra.- Me echó una maldición- añadió la niña con desamparo.

La cara de Zandra cambió al oír aquello.

- ¿Una maldición?- dijo casi sin aliento y llevándose la mano al pecho- . Si una gitana te ha echado una maldición, entonces es un asunto muy serio.

- Dime de qué se trata- dijo Kelsey.

- A lo- mejor puedo ayudarte- dijo Zandra la Increíble.

- ¿De verdad?- preguntó Kelsey con nerviosismo.

- Sí, de verdad- respondió Zandra- . Lo que pasa es que no es tan sencillo deshacer una maldición- añadió- . Ni barato.

- ¿Cuánto costaría?- preguntó Kelsey.

- Diez dólares.

- ¡Diez dólares!- exclamó Kelsey.

Diez dólares. Era mucho dinero. Era todo el dinero que tenía. Había pensado gastárselo en los juegos y atracciones de la feria y en helados.

Pero no tenía otra solución. No sabía si Zandra era una gitana auténtica o no. Pero era su única esperanza.

Alargó el dinero a la adivina.

- Quítame la maldición- le dijo.

- Primero tienes que explicarme cómo te la echaron- dijo Zandra- . ¿Dijo la gitana cómo se llamaba la maldición? ¿Dijo que tuviera algún nombre?

- No- respondió Kelsey- . Pero a mí me estuvo diciendo una cosa.

- ¿Qué?- preguntó Zandra.

- Me llamó tonta y loca- dijo Kelsey- . Y se puso hecha una fiera porque no le creí.- Zandra cabeceó con seriedad.- Y de pronto empezaron a pasar- me cosas muy extrañas- prosiguió Kelsey- . Ayer nos perdimos mi primo y yo. Y anoche, mientras dormía, me atacaron cientos de cangrejos de playa.

- Y esta mañana- intervino Drew- creyó que le habían hecho un traje de aguas vivas.

Zandra dio un respingo.

- Y por más cosas que hago para impedirlo- dijo Kelsey- , esta carta se me aparece siempre.- Y puso en la mesa, delante de Zandra, el naipe del Loco.

- Lo he hecho trizas dos veces. Pero siempre reaparece entero inmediatamente después de ocurrirme algo malo.

- Ya veo- dijo Zandra, asintiendo con comprensión- . La maldición del Loco del Tarot. Es muy poderosa. Pero Zandra la Increíble puede deshacerla.

- ¿Estás segura?- preguntó Kelsey.

Zandra asintió. Cerró los ojos y se puso a murmurar, a trazar círculos lentos con la cabeza.

No canturreaba como la gitana vieja. Tampoco decía cosas en el extraño idioma de la primera pitonisa.

Cuando Zandra salió del trance, tomó un rotulador rojo de punta gruesa y trazó una X en la cara del Loco. Acto seguido agarró la carta y la guardó en una caja metálica... que la gitana joven cerró de golpe y con llave.

- La carta no te molestará nunca más- dijo Zandra.

- ¿Ya está?- preguntó Kelsey- . ¿Se ha ido la maldición?

- Aún no- respondió Zandra. Metió la mano en otra caja y sacó un objeto pequeño.- Tendrás que llevar este amuleto mágico para protegerte.

A Kelsey no le pareció precisamente un amuleto mágico. No era más que una cuenta de cristal ensartada en un cordel. Pero Kelsey lo agarró de todos modos y se lo colgó del cuello.

- Lleva el amuleto durante tres días. No te lo quites en ninguna circunstancia. Y al anochecer del tercer día la maldición se habrá ido para siempre.

Kelsey pasó el resto del día sin sufrir ningún percance. Incluso pasó la noche sin tener pesadillas. Así que al día siguiente se sentía mucho mejor.

Pero no quería confiarse ni correr riesgos. Por lo menos hasta que hubieran pasado los tres días. El primero se quedaron los dos en su casa, que era un lugar seguro. La verdad es que

lo pasaron muy bien jugando al ping- pong, a las damas chinas y a otros juegos de fichas y tablero. Apenas pensó en la maldición.

El segundo día se sentía con más ánimos. Con el valor suficiente para ir a los juegos de la feria.

Y con la primera moneda que echó en la Ruleta de la Suerte ganó el vídeo que tanto deseaba Drew.

- ¡Yuupiiii! ¿Sabes, Drew? Este amuleto es increíble- - dijo, tocándose al abalorio que le colgaba del cuello- . Está haciendo polvo la maldición... y encima me da buena suerte.

Al volver a casa iban cargados con un montón de animales de trapo que había ganado Kelsey.

Al llegar la tarde del tercer día, Kelsey había reunido ya valor suficiente para ir a la playa. El Sol brillaba todavía. El agua del mar estaba tibia. Y Kelsey estaba convencida de que Zandra había vencido la maldición.

Ya en la playa, se puso a construir con su primo un castillo de arena fabuloso.

- Vamos a hacer un foso alrededor- propuso la joven mientras añadía otro balde de arena al castillo.

- Buena idea- dijo Drew.- Drew- dijo Kelsey, espantando con la mano un tábano que la estaba fastidiando- . Trae un balde de agua. Yo cavaré el foso.

Drew agarró el balde y se dirigió a la orilla del agua.

Kelsey se puso a cavar el foso alrededor del castillo.

Miró a su alrededor. Su castillo era el más grande y más bonito de todos los que había en la playa. Se le ocurrió decorar la parte superior con almenas que a veces están teñidas de plata y naranja.

Zzzzz. El pesado del tábano se posó en la pierna de Kelsey.

- ¡Ay!- exclamó Kelsey al sentir un pinchazo en la piel- . ¡Vete de aquí!- exclamó espantando al insecto. Vio una gota de sangre en el punto donde se había posado el tábano.

Zzzzzz. Aquel bicho largo y con alas que parecían la hélice de un helicóptero se puso a dar vueltas alrededor del castillo.

Drew volvió con el balde lleno de agua y la echó en el incompleto foso. La arena la absorbió toda.

- Necesitaremos mucha más agua- dijo Kelsey.

- Es verdad- replicó Drew. Volvió a la orilla con el balde en la mano.

Kelsey reanudó la construcción del foso, pero a los dos segundos notó en la nuca el cosquilleo de unas patas pequeñas.

El tábano.

Dio un manotazo hacia atrás para espantarlo antes de que la picase otra vez.

Lo espantó, pero el insecto siguió zumbando a su alrededor mientras ella construía el foso. Cada vez que el insecto se le echaba encima, la niña sacudía la cabeza.

- ¡Pero vete de una vez!- exclamó con impaciencia.

Hasta que el insecto se posó en una almeja que había en la arena, junto al castillo, y Kelsey siguió con el foso ... hasta que sintió un cosquilleo en la pierna. Otro tábano.

Pero antes de que pudiera espantar ése, apare- ció otro que fue a posársele en la punta de la nariz.

Kelsey se puso de pie de un salto y empezó a sacudir los brazos para espantar a los tábanos.- ¡Ay!- - exclamó al sentir un pinchazo en la pantorrilla. Bajó los ojos para ver dónde la habían picado y vio tres tábanos subiéndole por el muslo.- ¡Fuera!- chilló, manoseando para ahuyentar a los insectos.

Pero no se fueron. Lo cierto era que cuanto más se esforzaba por ahuyentarlos, más bichos de ojos verdes había.

- Esto no puede ser verdad- dijo, llevando la mano al amuleto mágico del cuello. Pero el amuleto estaba cubierto de tábanos zumbantes. Tábanos que se pusieron a picarle en las manos en cuanto tocó el amuleto.

Empezó a sentir pinchazos por todo el cuerpo. Estaba rodeada por cientos de tábanos. Cientos. Picándola. Una y otra vez.

Sacudió los brazos y las piernas. Se puso a correr en círculo para esquivar el revoloteo de aquellos insectos feos y antipáticos. Pero la seguían como aviones a reacción.

Si no se los quitaba de encima, pronto tendría todo el cuerpo cubierto de pinchazos y regueros de sangre.

Los ojos saltones de los insectos brillaban con intensidad mientras revoloteaban alrededor de la cabeza de la niña. Zzzzz. Zzzz. Zzzz.

La negra nube de tábanos le envolvió la cara. Trazó círculos a su alrededor cada vez más estrechos.

La niña no podía ni respirar.

- ¡Voy a asfixiarme!- exclamó- . ¡Voy a asfixiarme!

11

Cabeceó con fuerza y rapidez. Estaba sudorosa y toda ella temblaba de terror.

Los insectos la habían cercado. La picaban sin parar. Quemándole la carne.

Quiso espantarlos, pero había demasiados ya. Kelsey cayó al suelo agotada.

Abrió la boca con desesperación para llenarse los pulmones de aire. Inhaló con fuerza. Y le entró en la boca un puñado de arena.

Echó a andar hacia el agua tosiendo y escupiendo.

- ¡Los ahogaré! ¡Ahogaré a todos los tábanos!- exclamó.

Corrió hacia la orilla, cegada por los insectos que le cubrían el rostro.-

- ¡Ojo! ¡Mira dónde pones los pies!- exclamaron unos chicos cuando Kelsey pasó tropezando con sus baldes y palas de plástico.

Por fin sintió la humedad del agua y el chapoteo que producían sus pies. Estaba a punto de sumergirse. De meterse en la frescura del agua para calmar los pinchazos y la picazón que sentía por todas partes.

Alguien la sujetó entonces.

- ¡Suéltame!- exclamó la niña, forcejeando para soltarse.

- ¿Adónde vas?- preguntó Drew, sujetándola con fuerza.

- A zambullirme- dijo gritando la niña- . Tengo que quitarme de encima los tábanos.

Drew no dijo nada. No hacía falta. Por su cara supo Kelsey todo lo que tenía que saber.

Que no había ningún tábano a su alrededor.

Ninguno.

Kelsey se desplomó en el palmo de agua que cubría la orilla.

La picazón y los pinchazos desaparecieron.

- El amuleto no ha servido de nada- murmuró la niña con desesperación- . ¿Qué hago ahora?

- Volvamos al castillo de arena. Ya se nos ocurrirá algo- sugirió Drew.

El niño la ayudó a levantarse y volvieron al lugar del principio.

- ¡Mira!- exclamó Kelsey sin aliento al acercarse al castillo de arena. Señaló con dedo tembloroso una de sus torres.

Drew miró el punto indicado. Y lanzó un quejido.

- ¿Cómo es posible?- dijo Kelsey.

Sobresaliendo de la cúspide, humedecida por la brisa, estaba la carta del Loco; con una X roja en la cara.

12

- ¡La maldición no se ha ido!- exclamó la niña- . ¡Voy a volverme loca!- Agarró el naipe con furia y se alejó.

- ¡Eh! ¡Espera!- dijo Drew- . ¿Adónde vas?

- A ver a Zandra la Increíble- dijo la niña.

Kelsey echó a correr. Drew la siguió. Pero Kelsey no se detuvo hasta que cruzó la puerta de la caseta de Zandra la Increíble.

Zandra estaba sentada a la mesa, con los pies encima de ésta, hojeando una revista de modas.

Llevaba el vestido de gitana. Pero se lo había subido tanto que por debajo se le veían los jeans recortados.

Y ya no lucía la cabellera negra de antes. Su pelo era rubio y corto. La cabellera negra era una peluca y, sin ella, Zandra parecía más joven aún. Casi tan joven como Kelsey.

- ¡Eres una farsante!- le gritó Kelsey.

- Tenemos la carta para demostrarlo- añadió Drew.

Kelsey arrojó la carta delante de Zandra la Increíble.

- Mira- dijo- . Incluso lleva la X roja que dibujaste encima. ¿Tienes alguna explicación que dar?

Zandra se quedó mirando el naipe.

- ¿De dónde lo han sacado?- preguntó con suspicacia.

- Apareció sin más ni más- le dijo Kelsey- . Inmediatamente después de que me atacara un enjambre de tábanos.

- Esto es una trampa- dijo la otra- . Ustedes me quieren tomar el pelo.

- ¿Nosotros?- replicó Kelsey- . Eres tú quien me ha estafado a mí. Dijiste que desharías la maldición. Pero no lo has hecho. Los tábanos casi me devoran viva. No deshiciste la maldición... ¡y esta carta lo demuestra!

- Es otra carta- dijo Zandra- . La que me trajiste está guardada bajo llave en esta caja.- Agarró la caja de metal y la puso en la mesa.

- ¿En serio?- dijo Kelsey, sonriendo con sorna- . Entonces, muéstramela.

- En seguida- contestó Zandra- . Ahora verás.- Metió la mano en el bolsillo del vestido y sacó la llave. La introdujo en la cerradura y la giró.

Zandra sólo dudó un segundo en levantar la tapa.

- ¡No puede ser!- exclamó, mirando el interior de la caja- . No puede ser.

Los ojos de Kelsey estaban fijos en la caja. Sabía con exactitud lo que había dentro.

Nada.

Zandra inclinó la caja para que Kelsey y Drew vieran el interior.

Pero la caja no estaba vacía.

Kelsey lanzó un grito al ver lo que había adentro.

13

- ¡Nooo!- exclamó Kelsey- . ¡Esto es increíble!

Adentro de la caja había una foto de Kelsey. Con la cara cruzada por una X grande y roja.

Zandra la Increíble inspeccionó la carta que había encontrado Kelsey. Luego miró la foto de la niña. A continuación, otra vez el naipe.

- ¿Cómo lo has hecho?- preguntó Zandra.

- ¿Cuántas veces tengo que decírtelo?- dijo Kelsey gritando- . Yo no he hecho nada. La carta siempre vuelve sola. ¡Porque estoy maldita! Por eso accedí a pagarte diez dólares. ¿Recuerdas? ¡Para que deshicieras la maldición!

- Pero... pero... pero es que esto es absurdo, no tiene ni pies ni cabeza- dijo Zandra- . Es como si realmente te hubieran echado una maldición.

- Pero, ¿qué te pasa a ti?- exclamó Drew- . Es lo que te venimos diciendo desde el principio. ¿Puedes ayudarnos o no?

- No lo sé- dijo Zandra, encogiéndose de hombros- . Creo que lo más razonable sería hablar con la gitana que te echó la maldición y decirle que la deshaga.

- Pero... pero...- barbotó Kelsey- - , pero eso ya lo hemos intentado. Pero sólo la hemos visto una vez y fue aquí mismo. Y tú me dijiste que eso era imposible, que no había ninguna otra gitana.

- Yo soy aquí la gitana, la única que hay- dijo Zandra- . ¿Cómo se llamaba la otra? ¿Les dijo?

- Sí- respondió Kelsey- . Pero no me acuerdo. Era un nombre raro.

- Madame no sé qué- dijo Drew- . Madame... Madame Espalda. No... Madame Pastillas.

- ¡Valda!- exclamó Kelsey.

- ¡Eso es!- dijo Drew- . Madame Valda.

Zandra se quedó boquiabierta.

- ¿Qué pasa?- preguntó Kelsey.

- Es imposible- dijo Zandra, negando con la cabeza- . Madame Valda. ¿Aquí? No- dijo, en respuesta a su propia pregunta- . No puede ser.

- ¿Sabes quién es Madame Valda?- preguntó Drew.

- Naturalmente- respondió Zandra- . Todas las gitanas del mundo saben quién es Madame Valda.

- Bueno, ¿y quién es?- preguntó Kelsey, poniendo los brazos en jarras.

Zandra respiró hondo antes de contestar.

- Madame Valda es la gitana más poderosa de toda la historia. Y la más mala. Pero es imposible que la hayan visto.

- ¿Por qué?- preguntó Kelsey.

- Porque- dijo Zandra mirándola a los ojos- , porque Madame Valda murió hace más de cien años.

14

- ¡ Es imposible que Madame Valda esté muerta!- dijo Kelsey gritando- . Estaba sentada ahí mismo. Díselo tú, Drew.

- Es verdad- dijo Drew.

- A lo mejor te refieres a otra Madame Valda- dijo Kelsey a Zandra.

Zandra negó con la cabeza.

- Sólo hay una Madame Valda- respondió- . Y les digo que murió hace mucho tiempo.

- ¡Pero si la vimos!- exclamó Drew- . O sea que lo que dices es imposible.

- Bueno- dijo Zandra, dudando durante unos segundos- . Según dicen algunas gitanas muy ancianas, no es imposible, pero yo nunca he creído en sus patrañas.

- ¿Qué patrañas?- preguntó Kelsey.

- Algunas gitanas muy viejas dicen que Madame Valda podría aparecerse ... incluso después de muerta.

- Bueno, pues ahora tienes pruebas de que es verdad- dijo Kelsey- . Porque te repito que esa mujer estaba aquí.

- Ay, Señor, Señor- gimoteó Zandra estremeciéndose- , esto se está poniendo muy feo.

- ¡Cuéntamelo!- la apremió Kelsey- . Soy yo quien está maldita por una gitana difunta.

- ¿Y qué hacemos ahora?- preguntó Drew a Zandra.

Zandra se encogió de hombros.

- No tengo ni la menor idea.

- Mira ahora con qué nos sale ésta- dijo Kelsey con un bufido- . Es genial.

- Bueno, no te dejes llevar por el pánico- aconsejó Zandra- . Tengo un tío que lo sabe todo sobre los antiguos métodos. Fue él quien me habló de Madame Valda. Apuesto a que sabe cómo ayudarte.

- ¿Dónde está?- preguntó Drew.

- ¿Cuándo podemos verlo?- añadió Kelsey.

- En seguida- respondió Zandra, poniéndose de pie- . Esperen aquí. Voy a despertarlo.

La vieron cruzar una cortina de cuentas y entrar en la trastienda.

Kelsey se puso a pasearse con nerviosismo.

- ¡Esto es increíble!- dijo Kelsey, más para sí misma que hablando con Drew- . Una gitana muerta me ha echado una maldición. Espero que el tío de Zandra sea un supergitano o algo por el estilo. De lo contrario, estoy perdida.

- No digas eso- murmuró Drew. Pero no parecía muy convencido.

En aquel momento se abrió la cortina y Zandra se dirigió hacia los dos primos. Un anciano iba tras ella.

El hombre parecía tan viejo como Madame Valda. Kelsey pensó que aquello era una buena señal, una señal buenísima.

Vestía totalmente de negro. Pantalón negro, chaqueta negra, chaleco negro de cuero. De la cadenita que le colgaba del cuello pendía una cuenta grande y azul.

Cuando Kelsey pudo verla desde más cerca, comprobó que la cuenta era en realidad un ojo de cristal.

- Les presento a mi tío Gregor- dijo Zandra.

- Mucho gusto, señor Gregor- dijo Kelsey con educación. Por nada en el mundo se atrevería a ofender a otro gitano.

La arrugada cara de Gregor carecía de expresión. Sus facciones estaban tan inmóviles como las de una estatua. Y miraba a Kelsey con fijeza.

- ¿Es verdad lo que dice Zandra?- preguntó- . ¿Que crees que Madame Valda te ha echado una maldición?

Hablaba con una entonación muy parecida a la de Madame Valda. Y Kelsey pensó que aquello era una señal de lo más positiva.

- Yo no creo que Madame Valda me haya echado una maldición. Estoy segura de ello.

Y contó a Gregor lo de la carta del Loco y lo sucedido con Madame Valda. Le contó también que se habían perdido y lo de los cangrejos de playa. Lo de las aguas vivas. Lo de los tábanos.

Gregor la escuchó sin hacer el menor movimiento. Sin parpadear siquiera. Cuando la niña hubo terminado, dijo:

- Lo que acabas de contarme, niña, es muy infrecuente.

- Ja- exclamó Drew- . Pues menos mal que Madame Valda está muerta, que si no...

- La muerte sólo es un pequeño bache en el camino de una persona tan poderosa como Madame Valda- dijo Gregor a Drew.

- ¿Y eso qué quiere decir?- preguntó Kelsey.

- Que la muerte no puede detener a Madame Valda- le aclaró Zandra- . Lo único que hace la muerte es reducir un poco sus poderes durante un tiempo.

Kelsey se volvió a mirar a Drew y lo vio con la boca abierta.

- Ya te dije que Madame Valda era la gitana más poderosa de la historia- dijo Zandra, como si a Kelsey le hiciera falta que se lo recordasen.

- Sí- repitió Gregor- . La gitana más poderosa que ha habido. Pero era mala hasta el tuétano. Y utilizaba sus poderes de la manera más asombrosa.

- ¿Cómo?- preguntó Kelsey, que en el fondo no quería saberlo.

Gregor se limitó a cabecear. No respondió a la pregunta de Kelsey. Pero prosiguió lo que había empezado.

- Madame Valda era tan mala que las demás gitanas le temían. Le temían a causa de su poder. Pero también temían que su maldad acarreara desgracias entre todos los gitanos.

- Así que, en secreto, las demás gitanas resolvieron matarla. Buscaron un chico y una chica y les dieron instrucciones para que se colaran en la tienda de Madame Valda y la envenenaran.

- ¡Ufl ¡Cómo se está poniendo esto!- exclamó Zandra, que tomó asiento y se abanicó con la revista de modas.

Gregor continuó.

- No se sabe cómo se las arreglaron el chico y la chica para engañarla. Pero el caso es que Valda murió. Su cadáver fue arrojado al mar.

- Pero Valda no se quedó en el mar. Durante más de cien años la han visto muchas veces en cientos de lugares. Y cada vez que vuelve, es para hacer daño.

Ni Kelsey ni Drew se atrevieron a hablar cuando Gregor terminó la historia. La muchacha se atrevió a romper el silencio al cabo de un rato.

- ¿Qué fue de los chicos que la envenenaron?

- Madame Valda los maldijo y al final se volvieron locos.

- ¿Sabes cómo deshacer la maldición de Madame Valda?- preguntó Zandra.

Kelsey contuvo la respiración y aguardó la respuesta.

Gregor asintió.

- Pero tengo que hacerte una advertencia: no será fácil. En absoluto.- Gregor se acercó a Kelsey. La joven se quedó mirando el ojo azul que colgaba del cuello del anciano cuando éste añadió en voz baja:- Puedo deshacer la maldición. Pero mientras se deshace, pasarás mucho miedo... tanto miedo que llegarás a pensar que es peor que la maldición misma.

15

Kelsey se estremeció. Se esforzó por hablar normalmente, pero le salió una voz aflautada y ridícula.

- No tengo elección. Quiero deshacer la maldición.

- Entonces tienes que hacer exactamente lo que voy a decirte- repuso Gregor.

- Está bien- aceptó Kelsey- . Acabemos con esto de una vez por todas.

La arrugada cara de Gregor se relajó al esbozar una sonrisa. La verdad es que casi se echó a reír.

- Aún no estás preparada- dijo.

- Estoy superpreparada- insistió la niña.

- No- dijo Gregor- . No lo estás. Antes de comenzar tienes que hacer varias cosas. Y no podemos empezar hasta la medianoche.

- ¿Por qué no podemos empezar ya?- preguntó Kelsey.

- No hagas preguntas- le dijo Gregor- . Para deshacer la maldición, tienes que confiar en mí.

"¿Confiar? No me fío de usted en absoluto, ni un pelo", se dijo Kelsey. Pero sabía que discutiendo no se resolvía nada.

- De acuerdo- dijo- , no habrá preguntas.

- Muy bien- dijo Gregor- . Ahora escúchame

con atención. Lo primero que has de hacer es reunir tus miedos.

- Pregúntale qué quiere decir. Yo no entiendo nada- murmuró Kelsey a Drew.. para no quebrantar las normas del anciano.

- ¿Qué quiere usted decir?- preguntó Drew- . No entendemos nada.

Gregor no le hizo caso.

- Tienes que traerme un plano- dijo a Kelsey- . Y rodear con un círculo la calle donde está tu casa de veraneo. ¿Entendido?

Kelsey asintió con la cabeza. Aquello por lo menos lo entendía, aunque no sabía para qué quería un plano aquel anciano.

- También me traerás un cangrejo de playa- prosiguió Gregor- . Vivo.

- Uf, qué asco- murmuró Zandra,

- Silencio, por favor- replicó Gregor- . También me traerás un tábano grande. Y un agua viva gorda. El chico puede ayudarte a buscar estos animales. Pero sólo podrás agarrarlos tú.

La idea de tocar cangrejos y aguas vivas puso a Kelsey los pelos de punta.

- Cuando lo tengas todo, te dirigirás al campamento gitano. Está debajo del camino de tablas. Estarás allí cuando den las doce de la noche- ordenó Gregor.

- No se preocupe- dijo Kelsey- . Allí estaremos.

- Perfecto- dijo Gregor, poniéndose de pie- . Ah, sí- añadió- , tendrás que traer algo más.

- ¿Qué?- preguntó Drew.

A Gregor no le importó esta vez contestar a Drew.

- Veinte dólares- dijo al niño- . Es el precio por deshacer la maldición.

Dicho aquello, Gregor y Zandra desaparecieron tras la cortina de cuentas.

Aquella misma tarde, Kelsey puso en práctica la primera etapa para deshacer la maldición: reunir sus miedos.

Lo del plano fue sencillo. Encontró uno en la guantera del coche de su madre.

Buscar un cangrejo de playa. Tampoco le costó mucho esto. Había docenas arrastrándose por la orilla del mar.

Pero lo que no soportaba Kelsey era el hecho de tocarlos. Le daba pánico pensar en aquellas patas asquerosas y llenas de pinchos. Agarró pues un frasco de vidrio de la cocina y lo utilizó como si fuera una cuchara para atrapar uno de aquellos bichos nauseabundos.

Luego vino el tábano. Agarró otro frasco de cristal. Pero cazar el bicho fue más difícil. El problema no era encontrar uno. El problema es que había demasiados. Toda la playa estaba infestada de aquellos insectos.

Kelsey tragó aire y corrió hacia una nube de tábanos.

Se le posaron en la piel. Le zumbaron en los oídos. Y la picaron.

Cuando por fin cerró la tapa del frasco, había conseguido cazar tres tábanos.

Sólo le faltaba un miedo. El agua viva.

Ahh.

Kelsey nadó por la playa en busca de una agua viva hasta que los labios se le amorataron y la piel se le arrugó como una pasa.

Pero aún no había atrapado ninguna cuando sus padres la llamaron para cenar.

Cuando la niña y su primo terminaron la cena y volvieron a salir, el Sol se había puesto ya. Y la playa estaba totalmente vacía.

- Qué sensación tan rara estar aquí solos- comentó Kelsey. De pronto se le ocurrió que estar fuera de casa a las doce, cuando fuera totalmente de noche, sería una sensación mucho más rara aún. La verdad es que sentía ya escalofríos.

- Sí, da no sé qué- dijo Drew- . Esperemos que nuestros padres no nos vean. Si nos encontraran en la playa ahora, la maldición de Madame Valda no sería lo peor que podría pasarnos.

Pero la maldición de Madame Valda era lo peor que se le podía ocurrir a Kelsey en aquellos momentos. Y si no atrapaba un agua viva, tendría que sufrir las consecuencias el resto de su vida.

Kelsey se dirigió a la orilla.

Drew echó a andar tras ella.

- Quédate en la arena- dijo la niña- . Donde puedas verme.

Kelsey se introdujo en el agua. Se puso a inspeccionar los alrededores centímetro a centímetro.

No había aguas vivas, por ninguna parte.

Se adentró en el mar. El agua se hizo más profunda. Más oscura. Más fría.

Da miedo estar aquí, se dijo cuando el agua le cubrió hasta los hombros.

Se volvió para mirar a Drew. Pero no lo vio.

Se adentró un poco más... y de repente, el fondo del mar se hundió bajo sus pies.

También ella se hundió, inmediatamente.

Estiró los brazos, que quedaron fuera del agua, pero siguió con la cabeza bajo la superficie.

La corriente la arrastraba hacia alta mar.

Kelsey forcejeó para salir a flote, para respirar.

Movió las piernas lo más aprisa que pudo.

Las ingles le dolían; los pulmones le quemaban.

Necesitaba aire. Necesitaba aire con urgencia.

Tosiendo y tragando agua, consiguió salir a la superficie.

Aspiró una profunda bocanada del aire fresco de la noche, para llenarse los pulmones. Y se puso a nadar hacia la orilla.

Pero el agua que la rodeaba se había vuelto espesa. La joven perdió el ritmo y comenzó a hundirse.

“¡Concéntrate!", se dijo. "¡Concéntrate!"

Movió las piernas con fuerza y braceó con decisión.

Nadando sin parar.

"Ya tengo que estar cerca", se dijo jadeando. Pero cuando levantó la cabeza, se quedó petrificada.

No se veía la playa por ninguna parte.

No veía absolutamente nada.

Estaba rodeada por un mar de tinieblas.

16

- ¡Drew!- exclamó- . ¡Drew!- Pero sus gritos se los llevaba el bramar de las olas.

Miró a su alrededor, se esforzó por distinguir algo, aunque fuera el parpadeo de una luz, cualquier cosa que le indicase el camino de la playa.

Pero el mar estaba a oscuras. Tan oscuro era el aire que la rodeaba que no vio la ola que se formaba delante de ella. Una ola gigante.

Se curvó, mostró sus dientes de espuma y se lanzó hacia adelante, arrastrando a Kelsey.

La dio vuelta, poniéndola cabeza abajo.

A continuación, la lanzó fuera del agua.

Entonces la vio: la orilla. La ola gigante la había arrastrado muy cerca de la playa.

- ¡Drew!- quiso gritar. Pero entonces llegó otra ola y tragó una bocanada de agua salada.

¿Dónde estaba su primo? Kelsey sentía ya retortijones en el estómago.

¿Por qué no lo veía? ¿Habría ido a buscar ayuda? La niña se puso a nadar otra vez. Comprobó con alegría que braceando avanzaba con facilidad por el agua. Y que la línea de la playa se ensanchaba y adquiría relieve. Kelsey se sintió mejor. Cesaron los retortijones.

Pero de pronto cambió la corriente.

El agua se movía ahora hacia ella, empujándola de costado.

Directamente hacia un rompeolas de pedruscos enormes.

- ¡Nooooo!- exclamó Kelsey al ver las rocas puntiagudas.

Las olas rugían en sus oídos. El corazón le iba ya a ciento veintidós por hora.

Quiso nadar contra corriente. Se volvió para mirar hacia el rompeolas.

Estaba ya muy cerca de él, casi a punto de ser lanzada con fuerza contra las cortantes aristas de las piedras.

Entonces vio a Drew. El niño corría por el rompeolas. Saltando de pedrusco en pedrusco.

Las olas rompían alrededor de la niña, zarandeándola con fuerza, arrastrándola cada vez más hacia aquel muro irregular y lleno de trampas.

- ¡Kelsey!- gritó Drew- . ¡Voy a buscar ayuda!

- ¡No!- exclamó Kelsey- . ¡No hay tiempo!

Se levantó una ola gigantesca y la lanzó contra un saliente rocoso. Kelsey sintió un fuerte dolor en la pierna.

"Ya no puedo más", se dijo Kelsey. La fuerza se le iba de los brazos, de las piernas.

Drew tenía que ayudarla, inmediatamente, ya. Si tardaba un segundo más, las olas arrastrarían a la pobre Kelsey y la estrellarían contra los pedruscos.

Levantó la cabeza para pedirle socorro una vez más.

Pero Drew se dio vuelta ... y se alejó.

17

Una ola arrastró a Kelsey.

Ella estiró los brazos para amortiguar el choque contra las rocas.

- ¡Kelsey! ¡Kelsey! ¡Agárralo!

Era Drew.

El muchacho le tendió un palo, un palo largo con una bandera roja en el extremo. De los que utilizan los guardavidas para avisar que el mar estaba picado y resultaba peligroso.

Kelsey alargó la mano. Estirándose cuanto podía.

Buscando el palo.

Drew se lo alargó hasta donde pudo.

Kelsey rozó el extremo con la punta de los dedos. Ya casi lo tenía cuando una ola cayó sobre ella... y el palo se le escapó.

Probó nuevamente, pero esta vez consiguió sujetar con fuerza la punta del palo. Drew tiró de ella para sacarla de aquel mar embravecido.

Cuando Kelsey se sentó en una roca del rompeolas, tiritando y jadeando, sus dedos tocaron algo. Algo blando.

Apartó la mano de golpe. Era un agua viva.

Por fin tenía el agua viva que buscaba.

- Drew - murmuró la niña- . Drew, despierta, es hora de irse.

Kelsey estaba en la puerta de la habitación del niño. Se había puesto unos jeans negros y un suéter negro con capucha.

Drew se incorporó de un salto.

- ¡Ya estoy! ¡Ya estoy!

El impaciente primo se había acostado vestido, con una ropa idéntica a la de su prima. Incluso se había metido en la cama con el calzado deportivo puesto.

- Vamos- dijo Kelsey, sacándolo de la cama a rastras- . Son las doce menos cuarto. Hay que darse prisa.

- Bueno, bueno- murmuró su primo- . ¿Lo tienes todo?

- Sí- dijo Kelsey, señalando la mochila- . Aquí.

- ¿Están dormidos nuestros padres?

- Sí.- Kelsey echó a andar hacia la puerta.- No hagas ruido.

La niña bajó de puntillas las escaleras que conducían a la puerta de la calle. Drew fue tras ella.

Kelsey abrió la puerta despacio para no hacer ruido. Los dos primos salieron al aire frío de la noche.

- No cierres- le dijo Drew- . Tendremos que entrar cuando volvamos.

Kelsey asintió y dejó la puerta entornada.

- Vamos- dijo Kelsey y los dos echaron a correr.

No pararon hasta que llegaron al camino de tablas.

- El campamento gitano tiene que estar por aquí.- Kelsey giró a la izquierda.

- ¿Estás segura?- preguntó Drew.

- Bueno, tiene que estar cerca de la caseta de Gregor, ¿no?

- Supongo- dijo Drew- . Habrías tenido que preguntárselo.

- No- replicó Kelsey- . A ti te correspondía preguntárselo. Yo no podía hacer preguntas, ¿recuerdas?

Kelsey distinguió una luz que parpadeaba.

- Mira- dijo, señalándola- . Yo tenía razón.

- Bueno, bueno- dijo Drew- . No nos entretengamos.

Kelsey miró la hora.

- ¡No!- exclamó- . Faltan sólo tres minutos para las doce. Tenemos que...

Drew la agarró del brazo y la arrastró hacia las sombras. Se acercaba un bulto negro.

Cuando estuvo más cerca, Kelsey vio que era un gitano viejo vestido con ropas andrajosas y de colores chillones.

Kelsey se adelantó. Se esforzó por sonreír.

- Buscamos a Gregor- dijo con voz de pito.

- Entonces tienes que darte prisa, criatura- dijo el anciano. Le faltaban casi todos los dientes y tenía tan mal aliento que Kelsey estuvo a punto de desmayarse.- Gregor te espera. Ven.- Y la llamó doblando el dedo índice.

Kelsey no las tenía todas consigo. Pero el tiempo apremiaba.

El anciano los condujo hacia la parte inferior del camino de tablas.

Kelsey no había estado nunca debajo de aquellos tablones y plataformas. Era como estar en el interior de una caverna. Estaba húmedo y oscuro, muy oscuro. Casi no veía las tablas de madera que tenía encima.

Tragó una profunda bocanada de aire para tranquilizarse. El estómago se le revolvió al percibir un fuerte olor a pescado muerto.

Quiso dar la vuelta. Pero entonces vio una hoguera ante sí.

Al avanzar otro poco, la niña empezó a ver gitanos, muchos gitanos, todos sentados en círculo alrededor de las llamas crepitantes.

Sus ropas vistosas y sus adornos dorados reflejaban la luz de la hoguera.

Gregor estaba dentro del círculo. Tenía la cara roja a causa del calor del fuego.

- Por fin llegan- dijo al ver a Kelsey y a Drew- . En el momento justo.

i Todos los gitanos se levantaron y se volvieron a mirar a los dos primos. A Kelsey no le gustó sentirse tan observada.

- ¿Traes todo lo que te ordené?- preguntó Gregor.

- Sí- respondió Kelsey- . Lo tengo encima.

- Estupendo- dijo Gregor- . Vengan entonces.

- Alargó la mano. Los gitanos se separaron para que Kelsey y Drew entraran en el cerco.

Gregor dio dos palmadas y los gitanos se pusieron a bailar.

Bailaban alrededor del fuego, canturreando una melodía mágica en un idioma que Kelsey no entendía.

Kelsey no sabía lo que tenía que hacer. De manera que se quedó quieta mirando. Mirando a los gitanos que daban vueltas alrededor de ella.

Kelsey vio a Zandra. Llevaba el vestido de gitana y la larga peluca negra. Y mientras la joven gitana bailaba con los demás, estaba igual de seria que ellos.

Gregor volvió a batir palmas dos veces y el baile y la canción se detuvieron de golpe. Y todos tomaron asiento.

Gregor agarró un libro antiguo encuadernado en piel que había en el suelo, cerca de la hoguera.

- Los objetos, por favor- dijo a Kelsey.

Kelsey metió la mano en la mochila. Sacó el frasco de los tábanos y se lo tendió a Gregor.

El anciano lo tomó sin decir palabra.

La joven le dio a continuación el frasco que contenía el cangrejo de playa. Gregor lo tomó con la misma actitud.

Kelsey había metido el agua viva en una bolsa de plástico. Aun así, le daba asco tocarla. Se la arrojó a Gregor por el aire, con precipitación.

Lo último que sacó Kelsey de la mochila fue el plano.

Gregor puso los objetos ante sí.

Pasó las ajadas páginas del libro, en busca del pasaje que le interesaba.

Y se puso a canturrear en aquel idioma que Kelsey no había oído en su vida. Y mientras cantaba, se mecía adelante y atrás, sumido en un trance profundo.

"¿Qué estará diciendo este hombre?', se preguntó Kelsey. Pero no se atrevió a interrumpirlo.

- ¿Ya?- murmuró esperanzada cuando Gregor terminó la extraña canción.

- Aún no- respondió el anciano- . Para deshacer la maldición, tienes que tragarte tus miedos.

- ¿Qué significa eso?- preguntó Kelsey.

Gregor señaló con la cabeza los objetos que tenía delante, en el suelo.

- Tienes que tragarte tus miedos- repitió.

- ¿Quiere usted decir que tengo que comerme estas porquerías?- exclamó Kelsey gritando.

- Sí- dijo Gregor- . Es la única forma de deshacer la maldición.

18

- ¡Ni hablar!- exclamó Kelsey.

Tocar cangrejos y aguas vivas ya era asqueroso de por sí. Comérselos era inimaginable.

- Si no quieres que continuemos...- sugirió Gregor.

- Sí, sí, por favor- dijo Kelsey en son de queja. Gregor sonrió.

- Muy bien.- Agarró el frasco que contenía el tábano.

- ¿Te lo vas a comer?- preguntó Drew con cara de espanto e incredulidad.

- No... no hay más remedio- balbució Kelsey- . No voy a dejar que esa bruja me gane.

- ¿Preparada para comenzar?- preguntó Gregor.

En el cerco de la hoguera se impuso un silencio sepulcral.

Kelsey oía incluso el rumor de las olas que se estrellaban a lo lejos. El crepitar de las llamas que tenía ante sí. Los latidos retumbantes de su corazón.

- Sí- dijo Kelsey haciendo un esfuerzo- . Pero... pero, ¿por qué no comenzamos por el plano?

Gregor rasgó un trozo del plano, el trozo donde Kelsey había trazado un círculo alrededor de su calle.

- Abre la boca.

Kelsey obedeció y Gregor le puso el papel en la lengua. Y comenzó a canturrear.

Tragarse el plano fue sencillo. Se le quedaba pegado unos instantes en el paladar o en la garganta, tragaba saliva y lo arrastraba hasta el estómago.

Pero cuando Gregor tomó el frasco que contenía los tábanos, el estómago de la muchacha se revolvió.

Cuando el anciano abrió el frasco, salieron volando dos tábanos. Gregor arrancó un ala al tábano que se había quedado en el fondo del frasco y sostuvo el ala delante de la cara de Kelsey.

"Por lo menos no me tragaré el bicho entero", pensó suspirando la niña.

Se quedó mirando el ala, esforzándose por convencerse de que no iba a ser tan asqueroso y nauseabundo como pensaba.

"Sólo es un ala", pensó. "Un ala muy pequeña. Tan inofensiva como un trozo de plástico transparente."

La joven cerró los ojos y abrió la boca. Y se dijo que era exactamente eso, un trozo de plástico transparente, ni más ni menos.

En cuanto sintió el ala en la lengua, se la metió en la garganta y se la tragó con fuerza.

No sabía a nada. Era casi como tragarse la cáscara de un maní.

Pero no era una cáscara de maní. Era un ala de tábano. Y Kelsey notó que se le había quedado pegada a la garganta. Tragó varias veces. Pero el ala no bajaba.

Se puso a toser.

Iba ya a pedir un vaso de agua cuando vio que Gregor tomaba el cangrejo.

Formó una buena cantidad de saliva en la boca y engulló el ala del tábano forzando todos los músculos de la garganta.

Gregor levantó en el aire el cangrejo y le arrancó una pata. Y se la puso delante, agarrándola de la punta con dos dedos.

Kelsey cerró los ojos con fuerza, negándose a pensar en la pata. Abrió la boca.

En cuanto Gregor se la puso en la lengua, la joven se la tragó, aprisa y haciendo un esfuerzo.

La pata del cangrejo le raspó la garganta al bajar por el esófago.

Kelsey imaginó que la pata estaba viva.

Viva y escalando las paredes de su esófago para volver a la faringe y a la boca.

Kelsey se tapó la boca con la mano para no vomitar.

- Sólo te falta un miedo- dijo Gregor. Sacó una navaja engastada en perlas y cortó un trozo de la pegajosa y nauseabunda agua viva.

Los gitanos miraban la escena conteniendo la respiración. En silencio.

Kelsey se puso a sudar. Se secó las palmas frotándoselas contra los jeans.

Quiso abrir la boca, pero le dio una arcada.

- No puedo- exclamó, apartando la cara del anciano.

- Es necesario- dijo Gregor- . De lo contrario, estarás maldita para siempre.

- Puedes hacerlo, Kelsey- dijo Drew- . Sé que eres capaz de eso y de mucho más.

La niña negó con la cabeza.

- No- murmuró mirando a su primo- , no soy capaz.

- Kelsey, piensa en ti- dijo Drew, volviendo a la carga.

Kelsey sabía que su primo tenía razón. Tenía que hacerlo o por lo menos intentarlo.

- De acuerdo- dijo, tragando una profunda bocanada de aire- . Estoy preparada.

Kelsey cerró los ojos y se tapó la nariz. Abrió la boca. Se dijo que si tragaba el agua viva con rapidez, no pasaría nada.

Gregor le puso en la boca el pegajoso trozo de agua viva, que rezumó un chorro de una sustancia negra y nauseabunda.

Kelsey se negó a pensar en lo que hacía. Cerró la boca.

Sabía a sal marina y a pescado. Era como comerse un gusano de pescar podrido y medio descompuesto.

Pero lo peor no fue paladearlo.

Lo peor era su tacto, sentirlo en la lengua.

Era como tener allí dentro un pegote de barro, un espeso coágulo de mucosa como la que nos baja de la nariz a la garganta cuando estamos resfriados.

Envuelto en líquido viscoso y resbaladizo.

"¡Trágatelo!”, se ordenó Kelsey. Pero volvió a sentir arcadas.

"¡Trágatelo!” Esta vez, la burbuja de gelatina le resbaló por la garganta. Despacio. Kelsey sintió que se le revolvía el estómago.

Estaba segura de que iba a vomitar.

"¡Traga saliva!'

La niña tuvo que tragar tres veces para que la bola de barro le pasara por la faringe.

Abrió los ojos despacio y sonrió a Gregor. Drew estaba radiante de alegría, como si su prima acabara de conseguir una medalla de oro en los Juegos Olímpicos.

- Lo has hecho muy bien - la felicitó Gregor- .. Muy bien, todo hay que decirlo. Eres una chica muy valiente. Deberías estar orgullosa.

- Lo estoy - dijo Kelsey riéndose- . ¡Lo estoy!

- ¡Lo has conseguido, Kelsey! - exclamó Drew- . ¡Eres genial!

- ¿Ya está? - preguntó Kelsey al anciano- . ¿Ya se ha deshecho la maldición?

Gregor echó un vistazo a su libro mágico.

- No - dijo- . La maldición no se ha deshecho aún.

- ¿Qué más tengo que hacer? - preguntó Kelsey con voz quejumbroso- . ¿Es que queda alguna otra cosa?

- Debes tirar al fuego un objeto de Madame Valda - le dijo el anciano.

- De eso no nos habló usted - se quejó Drew.

- ¡Un objeto de Madame Valda! - exclamó

Kelsey- . Yo no tengo nada que sea de Madame Valda. Esto es el fin, Drew, es el fin, estoy perdida, perdida sin remedio.

19

- Tiene que haber otra solución - dijo Drew.

- No - dijo Gregor- . No hay ninguna otra solución.

Drew se volvió a Zandra.

- ¿No se dejó Madame Valda ningún objeto en tu caseta?

- No sé - repuso la joven- . Déjame pensar.

- No tenía nada - exclamó Kelsey- , sólo aquella baraja de pacotilla.

- ¡Kelsey! - dijo Drew- . ¡Ya está! ¡La carta! ¡Aún conservas la carta del Loco! Es un objeto de Madame Valda.

La cara de Kelsey se reanimó. Se puso a registrar la mochila.

- ¡Tienes razón! Es un objeto de Madame Valda. - Se echó a reír. - ¡Aquí está! - Sacó la carta de la mochila y se la mostró a Gregor.

- No sé si saldrá bien con esto - dijo el anciano, agarrando la carta para observarla.

- ¿Por qué no? - exclamó Drew- . Tiene que salir bien. Es un objeto de Madame Valda.

- Sí, lo sé - dijo el anciano, procurando explicarse- . Pero el libro da a entender que se trata de una prenda de vestir o un artículo de adorno.

- Pues qué bien - dijo Kelsey- . Pero no tenemos ninguna prenda de vestir ni artículos de adorno que hayan pertenecido a Madame Valda. Sólo tenemos un naipe. Y el libro no dice que no pueda utilizarse un naipe, ¿verdad que no?

- La verdad es que no - admitió Gregor, pasando las páginas- . No, no veo nada.

- ¡Entonces tiene que salir bien! - exclamó Drew- . La carta deshará la maldición.

Todos los gitanos aplaudieron.

Kelsey miró la carta que tenía en la mano.

La desencajada cara del Loco le sonreía con maldad. Kelsey le devolvió la sonrisa esta vez. Iba a deshacer la maldición. Estaba convencida.

- Acércate a la hoguera - le dijo el anciano cuando se calló el gentío.

Kelsey se llenó los pulmones de aire. Se acercó a las llamas

El calor del fuego le quemó las mejillas; la joven retrocedió y se quedó a cierta distancia.

- Allá va - murmuró para sí.

Levantó el brazo, se dispuso a arrojar el naipe... y el fuego se puso a crepitar con fuerza.

Bajó el brazo. Miró a su alrededor. Volvió a levantar la mano.

Pero al hacerlo, la hoguera lanzó una llamarada impresionante.

Kelsey retrocedió de un salto.

Las llamas se elevaron a altura creciente esparciendo chispas a su alrededor.

- ¿Qué pasa? - preguntó a Gregor.

Pero Gregor no respondió. Kelsey vio en la cara del anciano el reflejo de las llamas. Parecía aterrado. El hombre se puso a retroceder con lentitud para salir del círculo de gitanos.

Kelsey avanzó hacia las llamas.

"¡Ánimo, valiente! Hay que tirar la carta al fuego, ¡Es necesario!", se dijo.

- ¡Aprisa! - gritó Drew- . ¡Tírala ya! Antes de que sea demasiado tarde.

Kelsey echó hacia atrás el brazo para darse impulso y.. ¡BUUUUM!

El fuego le estalló en la cara. Las llamas saltaron... ¡saltaron para apoderarse de ella!

La niña se puso a dar gritos.

Cuando dejó de gritar, oyó algo horrible y aterrador.

Algo que ya había oído antes.

Algo que no olvidaría en toda su vida.

La risa depravada y demoníaca de Madame Valda.

20

Kelsey levantó los ojos para contemplar la hoguera enfurecida.

Y tragó saliva.

Madame Valda salió del centro de las llamas y se elevó por el aire.

Flotó hasta ponerse encima de Kelsey, a la que miraba desde lo alto. Riendo como si estuviera loca.

- Otra vez tengo delante a la niña tonta que hace locuras - dijo con voz cascada.

Al hablar, de los labios le brotaban puñales de fuego.

- ¿Qué hacemos? - preguntó Kelsey, mirando a Gregor.

- No ... lo sé - balbució el anciano sin poder apartar los ojos de la perversa gitana.

- ¿Qué respuesta es ésa? No lo sabe - exclamó Kelsey con furia.

- No lo sabe porque es un impostor –bramó

Madame Valda- . ¡Cómo es posible que creas en ese payaso y no creyeras en Madame Valda?

Kelsey se quedó mirando a Gregor. El anciano seguía retrocediendo con mucha lentitud... para alejarse de la vieja bruja.

- ¡No es gitano! - rugió Madame Valda- . ¡No tiene poderes! Sólo tiene un libro para retrasados mentales que no sirve para nada. - Y señaló con el dedo a Kelsey. - ¡Retrasada mental, niña tonta, tonta, tonta!

De la punta de su dedo salió un rayo... y los gitanos empezaron a dispersarse.

- Todos son unos farsantes - dijo Madame Valda con desprecio- . Absolutamente todos. No hay ni uno solo que sea gitano de verdad.

Mientras hablaba volvió las manos hacia arriba. De las dos palmas brotaron sendas columnas de humo negro.

- ¡Yo me voy! - exclamó Zandra, echando a correr hacia la playa.

Madame Valda rompió a reír.

- ¡Vámonos, Kelsey! - Drew agarró a la niña del brazo. - ¡Vamos!

- No, no quiero - dijo Kelsey- . Si no la enfrento ahora, tendré que aguantarla el resto de mi vida.

Madame Valda lanzó una carcajada de maldad.

- Lo vas a pagar, niña tonta, vas a pagar muy caro haber enfadado a Madame Valda otra vez. - Sus ojos de fuego traspasaban a Kelsey mientras hablaba. - La niña tonta no se contenta con burlarse de mí, sino que encima me trae una colección de tontos como ella con ánimo de burlarse otra vez.

Kelsey se volvió hacia los demás gitanos, pero todos se habían ido. No quedaba ni uno. La habían abandonado, la habían dejado sola y a merced de aquella bruja perversa.

- ¿De verdad crees que puedes deshacer mi maldición tan fácilmente? - preguntó Madame Valda con sarcasmo- . ¡Para que lo sepas, niña tonta! ¡Nunca desharás la maldición! ¡Nunca!

La carcajada de Madame Valda resonó en la noche. Y se quedó mirando a Kelsey con ojos llameantes.

- ¡Kelsey! - exclamó Drew- . ¡Tira la carta al fuego!

- ¡Vamos, niña tonta! - la incitó la bruja- . ¡Hazlo, hazlo!

- ¡Deja de llamarme niña tonta, bruja asquerosa! - exclamó Kelsey, dando un paso al frente y mirando con desafío a aquella anciana fea como el demonio.

- Ven, Kelsey - dijo Madame Valda, doblando el índice para llamarla- . Acércate al fuego.

Kelsey dio otro paso al frente... y Madame Valda le arrojó una bola de fuego a los pies.

Kelsey se apartó de un salto y cayó a tierra.

- Vamos, Kelsey - dijo Madame Valda entre carcajadas- , hazlo si eres capaz.

- ¡Kelsey! - exclamó Drew- . ¿Estás bien? Kelsey asintió con la cabeza y se puso de pie.

- Lo intentaré otra vez.

La joven se quedó mirando con fijeza a Madame Valda. ¡La vieja bruja había cerrado los ojos!

- ¡Tírala! - gritó Drew- . ¡Tírala ya!

'Tiene que estar cansada', se dijo Kelsey. - ¡vamos! - gritó Drew.

Kelsey levantó el brazo y tiró la carta a las llamas.

- ¡Muy bien! - exclamó Drew mientras Kelsey veía que la carta volaba derecha a la hoguera.

Entonces la sintió.

Una fuerte ráfaga de viento en la cara.

- ¡Nooooo! - chilló la muchacha al ver que la carta se apartaba de la hoguera.

La carta se alejó volando, empujada por el chorro de aire caliente que salía de la boca de Madame Valda.

Kelsey se sobrecogió de terror al comprender que se había desvanecido su última esperanza.

21

La carta del Loco pasó por encima de Kelsey.

A mucha distancia de su cabeza.

A una altura imposible de alcanzar con la mano.

En dirección a la playa.

- ¡No, no! - exclamó Kelsey- . ¡Se dirige al mar!

Los dos primos echaron a correr hacia la orilla del agua en pos de la carta voladora. Flotando en el cielo parecía más pequeña que una estampilla del correo.

La risa de Madame Valda rasgó el aire nocturno, pero Kelsey no se volvió. La muchacha corría a toda velocidad. Como si le fuera la vida en ello.

- ¡La alcanzaré, tengo que alcanzarla!

La orilla del mar estaba negra como la boca de un túnel. La muchacha quería mirar al suelo, para ver dónde ponía los pies. Pero no podía. Tenía los ojos fijos en la carta. Tenía miedo de perderla de vista si parpadeaba o bajaba los ojos.

Corrió más aprisa. Más aprisa aún.

De pronto, sintió calor en la espalda.

- ¡Nos sigue la muy asquerosa! - exclamó Drew.

Kelsey volvió la cabeza y vio... una gran bola de fuego que cruzaba el cielo nocturno. La bola bajó de los aires y se puso a girar alrededor de la niña.

Kelsey se quedó atónita mientras Madame Valda se elevaba del centro de la bola de fuego. Echando chispas y llamaradas.

Las llamas lamieron las piernas de Kelsey.. sus brazos... su pelo.

- No podrás huir de mí, niña tonta - dijo Madame Valda, lanzando su aliento fétido y tórrido sobre la nuca de Kelsey- . Nunca podrás huir.

¡La carta! Kelsey había perdido de vista la carta. Giró la cabeza en todas direcciones. ¡Allí estaba!

Cayendo ya... delante de ella.

Kelsey dio un salto para apoderarse del naipe. Y cuando ya lo tocaba con la punta de los dedos, la bruja volvió a lanzar un chorro de aire caliente por la boca.

- ¡Nooo! - gritó Kelsey- . ¡Nooo!

La carta dio un salto y revoloteó en el aire.

La niña saltó hacia ella.

La pérfida bruja volvió a soplar, alejando la carta.

- ¡Al mar! - cacareó Madame Valda- . ¡A ese mar negro y tan bonito!

La carta revoloteó delante de Kelsey, bailoteó en su misma cara. Y se elevó con brusquedad.

Kelsey saltó para atraparla. Pero el naipe se puso a dar vueltas a su alrededor.

Burlándose de ella.

Hasta que se alejó hacia la orilla del agua.

Kelsey echó a correr, metiéndose en las aguas frías y negras como la tinta.

- Adiós, niña tonta - cacareó Madame Valda, echando atrás la cabeza y lanzando una carcajada.

En aquel preciso instante, Kelsey atrapó la carta en el aire... y la arrojó al centro del llameante cuerpo de Madame Valda.

- ¡Toma tu carta, vieja bruja! - exclamó la joven.

- ¡Aaaaaaah! ¡Nooooo!

Los gritos de Madame Valda rasgaron la noche. Su repelente figura explotó produciendo un relámpago cegador que se rompió en mil pedazos y se dispersó por todo el cielo.

Kelsey sonrió mientras el fuego central se apagaba y las facciones de Madame Valda comenzaban a derretirse.

Su impresionante figura se puso a temblar como un flan y comenzó a encogerse.

Hasta que desapareció en una nubecilla de humo.

22

- ¡No! ¡No! ¡Nooo! - gritó Kelsey al oír la explosión.

- ¡He ganado! ¡He ganado! - exclamó Drew. Kelsey se quedó mirando el payaso al que había estado disparando. Su hinchada cabeza de goma se bamboleaba como si fuera un globo.

Dejó en el mostrador la pistola de agua.

- No has ganado - replicó- , yo te he dejado ganar.

Drew rompió a reír cuando el encargado le entregó el premio: una rosca casi tan grande como la de Reyes. La partió por la mitad y le dio un trozo a Kelsey.

- Gracias - dijo ella sonriendo- . ¿Qué hacemos ahora?

- Vamos otra vez a la casa encantada - propuso el niño- . La casa encantada de la feria de Shadyside es la mejor del mundo.

- Eso es porque Shadyside es la ciudad encantada mejor del mundo - dijo Kelsey bromeando.

- Menos mal que la feria estaba abierta aún, porque en la playa estuvimos un buen rato - dijo Drew mientras los dos primos se dirigían a la caseta de la casa encantada.

- Menos mal que hemos salido de esto sanos y salvos - comentó Kelsey.

- ¡Mira! - exclamó Drew señalando al frente- . Fíjate qué cola.

La cola para entrar en la casa encantada daba dos vueltas completas a la caseta.

- No entraremos hasta la semana que viene - se quejó Kelsey- . Hagamos cualquier otra cosa.

- ¿Por ejemplo? - preguntó Drew.. que se quedó con la boca abierta.

- ¿Qué pasa? - preguntó Kelsey con inquietud. - ¡Mira! - Señaló un rótulo que decía: "La Gitana Pitonisa".

- ¿Era eso? - dijo la joven riéndose- . Eso es una bobada. No es más que una máquina, una adivina mecánica que hay dentro de una vitrina de cristal. Ven y lo verás.

Pero Drew dudaba.

- Vamos, cabezota - dijo Kelsey, arrastrándolo hacia la vitrina.

Al acercarse vieron que una niña de pocos años introducía una moneda en la ranura y esperaba a que la pitonisa mecánica se pusiera a dar vueltas y le dijera la suerte.

La niña esperó. Y se cansó de esperar.

- Máquina idiota, te has roto - se quejó la niña, que empezó a dar puntapiés al pedestal del aparato. Hasta que se cansó y se fue.

- ¿Has visto? - dijo Kelsey- . Esto no da miedo a nadie.

Drew se quedó mirando la vitrina.

- Sí, no es más que una máquina - dijo, respirando con alivio.

Los dos primos se dieron vuelta y se alejaron.

- ¿No da miedo? - exclamó una voz a sus espaldas.

Se detuvieron en seco.

- ¡Niña tonta! ¡Niña tonta! ¡Niña tonta! - graznó la voz- . Sólo los tontos no tienen miedo.

FIN